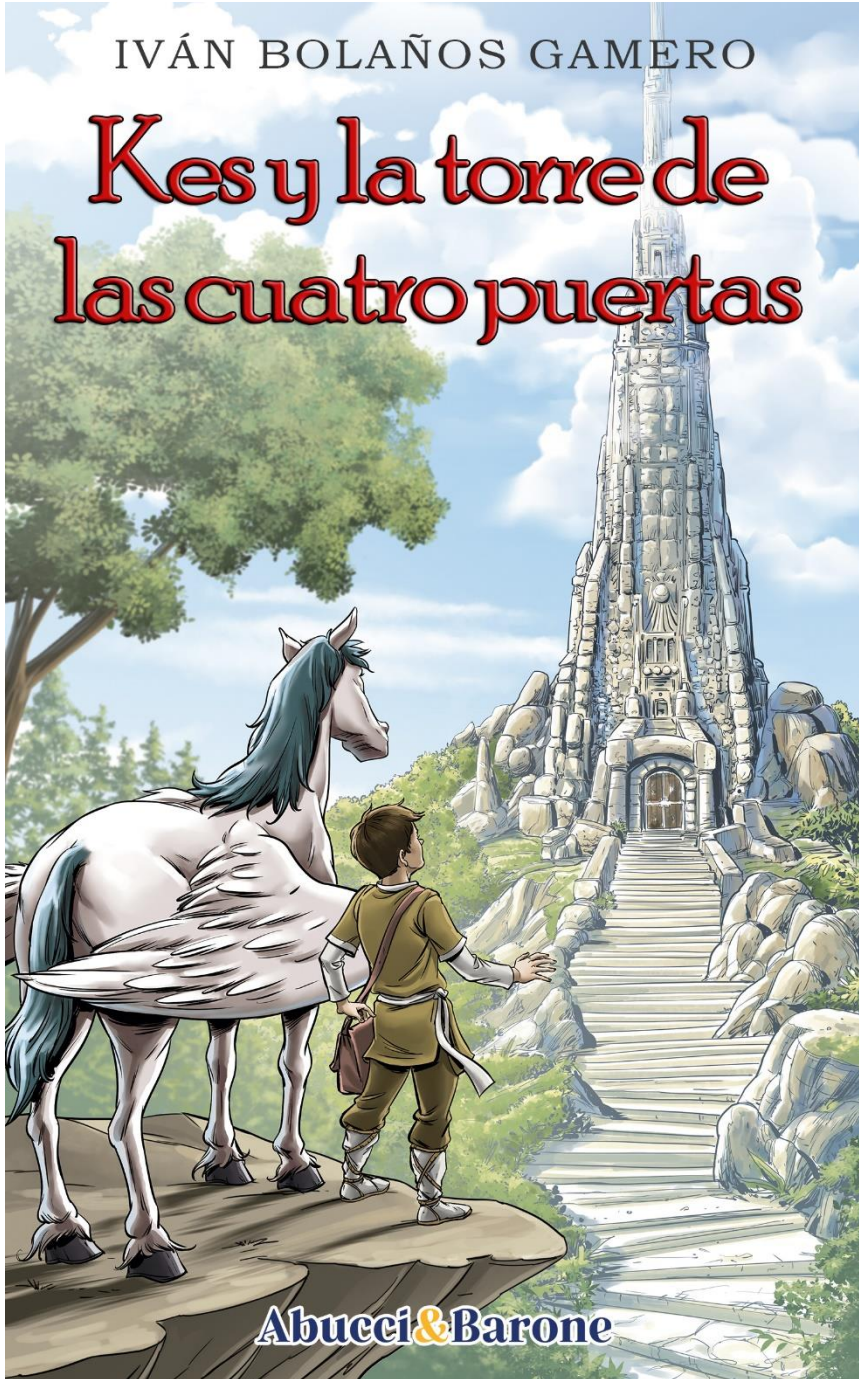


IVÁN BOLAÑOS GAMERO

Kes y la torre de las cuatro puertas



Abucci & Barone

Copyright © 2022 Iván Bolaños Gamero

www.ivanbolanos.com

III. KES Y LA TORRE DE LAS CUATRO PUERTAS

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no es la intención del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Edición: Abucci & Barone (consultoría y desarrollo editorial)

<http://abuccibarone.com/author-ivan-bolanos.html>

I. GUARDIANES DE LA TORRE

Todos se levantaron más temprano de lo habitual esa mañana. El sol todavía no iluminaba la base de la torre cuando Lyda se dispuso a preparar el desayuno. No había podido dormir bien la noche anterior. Preocupada por la inminente partida de su esposo, tampoco prestaba mucha atención a lo que estaba haciendo en la cocina.

—¿Mamá? ¡Mamá! ¡Estás derramando la leche! —exclamó la niña.

—¡¿Ah?! Gracias, Yali. No sé en qué estoy pensando.

—Es por papá, ¿no?

—No, no. Es solo que no he descansado bien. Avísales que vengan, y regresa para ayudarme a poner la mesa.

La amplia habitación, que también hacía las veces de comedor, estaba dispuesta en un nivel intermedio de la torre, en el que también se ubicaba la magnífica armería del guardián. En ese lugar, Molen entrenaba para perfeccionar las avanzadas técnicas de combate que hasta el momento no había tenido ocasión de poner en práctica frente a un enemigo real.

Los dormitorios se ubicaban un poco más arriba, junto a un cómodo salón que servía para que la familia pudiera descansar y compartir sus experiencias de cada día.

Un elevador permitía acceder al extremo superior de la torre, «el salón de observación», desde donde los guardianes habían vigilado los cuatro reinos desde hacía siglos. Desde esa imponente altura ellos podían estar al tanto de los sucesos más importantes de aquellos vastos territorios.

Las barreras mágicas para acceder a dichos reinos se encontraban en la primera planta, donde se ubicaba el «salón de las cuatro puertas». Para llegar ahí, había que usar otro elevador, que solo podía accionarse mediante un mantra secreto, conocido únicamente por Molen y su familia. De esa manera, a cualquier posible intruso le sería imposible subir.

Por generaciones, la magia tan poderosa de la torre les había permitido a los guardianes vigilar los cuatro reinos desde las alturas, pero la única forma de llegar a ellos era a través del salón. Las inexpugnables puertas sólo se podían abrir desde adentro, por lo que, si alguno de los reyes quería visitar la torre, tenía primero que usar la trompeta mágica y anunciarse ante el guardián.

II. EL ENGAÑO

Molen se despidió de su esposa con un beso. Abrazó a sus dos hijos con cariño y se ubicó sobre el elevador.

Su invencible armadura de luz, que resplandecía al ritmo de su corazón, lo hacía verse como un poderoso guerrero enviado por los dioses. Llevaba la lanza plateada en la mano derecha y la llave del reino de las sombras colgada de su cinturón.

—Nunca te había visto usar esa armadura, papá —exclamó la niña.

—Es la primera vez que tu padre visita ese reino tan peligroso —le explicó Lyda—. En ese lugar necesitará de su mejor defensa.

—¿Cuánto demorarás en volver? —preguntó la inquieta Yali.

—Pronto estaré de regreso. En mi ausencia deberás cuidar a tu madre y a tu hermano.

—¡Así lo haré!

—No olvides lo que te he enseñado —dijo Molen, cuando ya solo la mitad superior de su cuerpo era visible. El elevador descendía.

—No debo intentar bajar al nivel inferior, y mucho menos abrir alguna de las puertas.

—Muy bien, hija. Ahora vayan con Gósel. Él ya debe estar en el salón de observación.

El primogénito del guardián, de dieciséis años, permanecía junto a la baranda desde la que se podía observar la angosta franja de terreno eriazo que antecedió al reino de las sombras. Instantes después aparecieron su madre y su hermana.

—Miren, ¡ahí está! —gritó Yali. La jovencita no podía ocultar su preocupación.

La resplandeciente figura de Molen se veía empequeñecida desde la impresionante altura. Pronto se perdió entre las sombras.

—Mamá, él volverá pronto, ¿no?

—Sí, hija. Como siempre lo ha hecho.

—¿Cuántas veces ha visitado los otros reinos?

—Antes que tú nacieras lo hacía con frecuencia. Pero hace tiempo algo cambió.

—¿Qué cosa, mamá?

—Los reyes se volvieron desconfiados unos de otros. Incluso alguno llegó a pensar que tu padre podría estar confabulando en su contra. Dejaron de usar sus trompetas mágicas. No volvieron a llamar.

—Madre, pero esta es la primera vez que ingresa al reino de las sombras —exclamó Yali.

—Y hay una buena razón para ello. Pero no es momento de hablar de eso. Vayamos a la cocina a ver qué ha llegado.

La magia de la torre regularmente abastecía de alimentos a la despensa de la familia del guardián.

A medida que Molen avanzaba por las sombras, pudo notar como su armadura se había encendido como nunca. Cuando la limpiaba y pulía dentro de la armería esta resplandecía con hermosos destellos blancos y azules, pero ahora, en contraste con la tierra dominada por la oscuridad, su brillo parecía mucho más intenso. La lanza plateada también había adquirido una luminosidad inusitada.

El guardián de la torre todavía no estaba seguro de las verdaderas intenciones del rey de las sombras. Él solicitó que lo acompañara a cada uno de los otros reinos. En la carta, el monarca aseguraba que su propósito era conseguir que los cuatro territorios firmaran un acuerdo de mutua confianza y paz perpetua. Era algo realmente inesperado.

Hacía años que los otros reyes no tocaban sus trompetas para solicitar reunirse con el guardián, y aquella tensa calma le parecía el prelude de un peligroso desenlace.

Recordaba muy bien lo que estaba escrito en los antiguos registros de la torre. Estos contaban como hacía casi cinco siglos, un antecesor del oscuro soberano, en base a engaños y traiciones, casi lleva a la guerra a los cuatro reinos.

Estaba meditando en todo eso cuando un carruaje se detuvo justo delante de él. Ningún caballo tiraba del vehículo. Las ruedas parecían casi flotar sobre el suelo. La puerta se abrió, como invitándolo a subir.

Molen no le temía casi a nada, ni nadie. Había sido entrenado por su padre desde una temprana edad a no dejarse llevar por la apariencia de las cosas, fueran estas horrendas, o hermosas.

—«Lo importante está casi siempre fuera del alcance de los ojos» —le había repetido en más de una ocasión.

Sin vacilar un segundo ingresó al carruaje, y de inmediato este se puso en movimiento, llevándolo por caminos cada vez más oscuros y escarpados.

El guardián no vería a ninguno de los súbditos del rey de las sombras durante el trayecto. Recordó haber leído algo sobre ello en los registros: los sirvientes del Señor de la oscuridad se ocultan ante cualquier visitante, en especial si éste porta alguna luz.

Por los fuertes vientos que golpearon su rostro, y por las siluetas que apenas pudo deducir, calculó haber llegado a lo más elevado de aquel abrupto terreno. No se equivocaba. El carruaje se detuvo de golpe, y luego de que bajó pudo contemplar, con cierta dificultad, un edificio de imponente tamaño.

La estructura nunca podría rivalizar en altura con la torre de las cuatro puertas, que casi alcanzaba las nubes, pero su aspecto sombrío por un momento le hizo desear no ingresar.

Una figura encorvada se le acercó con sorprendente rapidez, estirando un brazo delgado y una mano huesuda, invitándolo a seguirla.

—Mi amo lo espera, guardián de la torre —la voz parecía provenir de un lugar distinto a su garganta.

Molen caminó justo detrás del misterioso guía, ingresando a la amenazante edificación. Su armadura de luz iluminaba el camino lo suficiente como para evitar que tropezara con algún obstáculo.

En la puerta del castillo lo esperaba una figura alta, más alta que él, que al ser iluminada por la luz reveló un rostro bastante peculiar. Se veía como el de cualquier otro hombre, pero carecía de toda expresión. Una mórbida palidez contrastaba con la oscuridad del lugar y la de sus ropas.

—Bienvenido a mi humilde morada, guardián de las cuatro puertas —lo saludó con voz grave y gutural.

Molen devolvió la cortesía respondiendo: —No pude ignorar un llamado tan inusual. Que el soberano del reino de las sombras busque crear lazos con los reyes de las arenas, los hielos y los bosques, es algo sin precedentes. No figura en los registros de la torre.

—Sí, imagino que su sorpresa debió haber sido muy grande cuando recibió mi carta.

—Era la primera vez en muchísimos años que se escuchaba la trompeta negra.

—Este encuentro debió tener lugar hace tiempo. Pero hay una buena razón para el involuntario retraso. Debía realizar algunos cambios en este reino, antes de estar listo para visitar los otros.

—¿Qué tipo de cambios? —preguntó el guardián, intrigado.

—Mis súbditos no son como los de otros lugares. No debe olvidar que la energía vital que necesitamos aquí proviene de los rincones más oscuros de las almas de las otras tierras que vigila. Eso ahora va a cambiar.

—Me cuesta creer que puedan llegar a vivir sin alentar todo lo negativo de lo que son capaces las personas.

—No vamos a alimentar más esa oscuridad. Hemos encontrado la forma de vivir sin esa energía.

—¿Me está diciendo acaso que van a destruir los papiros? ¿Que ya no serán escritos los nombres de cada recién nacido en ellos para luego anotar los actos de maldad que esperan que comentan cuando crezcan? Me es difícil creer eso. Este reino desaparecería.

—Debe confiar en mis buenas intenciones, guardián —aseveró el rey de la oscuridad—. Como prueba de ello lo invito a que nos acompañe en la hoguera roja que encenderemos esta noche. En ella arrojaremos los papiros que corresponden a los habitantes de los tres reinos.

Molen no terminaba de dar crédito a lo que había escuchado: —¿Cuál es la verdadera razón para este cambio?

—Veo que se resiste a creer en mis palabras. Lo entiendo. Han sido muchos siglos en los que la oscuridad rondó cada uno de los corazones de hombres y mujeres. Ahora los otros reyes desearían atacar nuestra tierra y anexarla a sus reinos. De esa manera acabarían con la maldad en sus propias casas.

—¡Eso es imposible! —exclamó Molen—. Todos saben bien que la única manera sería que yo abriera más de una puerta a la vez.

—Pronto su hijo crecerá lo suficiente como para reemplazarlo. Ha sido así desde que la torre fuera construida por las fuerzas superiores. Durante la transición las puertas estarán débiles. Ese momento es el que otros quisieran aprovechar para acabar con nuestro reino.

Molen se detuvo a meditar en todo lo expuesto por el rey oscuro. A pesar de provenir de un ser en quien no podía confiar, tuvo que admitir que su oferta era demasiado tentadora como para no ser tomada en cuenta.

—Muy bien. La quema de los papiros será una clara señal de sus intenciones. Mañana podremos partir hacia la torre.

—Nada me complacerá más que transmitirles la buena nueva a los tres reyes acompañado del mismísimo guardián.

Molen no podía ocultar su entusiasmo. Que el tenebroso soberano del reino de la oscuridad le ofreciera un futuro sin la influencia de las sombras era una realidad que nunca imaginó posible.

Esa noche, alrededor de una hoguera de fuego rojo, la única luz que no hería sus ojos y dañaba sus cuerpos, miles de súbditos de aquella peligrosa tierra se hicieron presentes, portando cada uno de ellos un papiro. En ellos estaban escritos los nombres de los habitantes de los reinos de los bosques, los hielos y las arenas. Junto a ellos, cual inevitable hado, la debilidad o el pecado que había marcado sus vidas.

A pesar de la terrible influencia ejercida por los papiros durante muchos cientos de años, la mayoría de las personas no sucumbía a su oscuro poder, ganando la batalla interna entre el bien y el mal. Pero algunos no eran tan fuertes, y cuando se dejaban llevar por la debilidad, producían una energía que alimentaba y fortalecía a los súbditos del oscuro reino.

Cuando el guardián vio que todos los papiros habían sido quemados sonrió de satisfacción. Una alegría que nadie hubiera anticipado durante su visita a ese lugar inundó su corazón. Quizás fue por ello por lo que olvidó que no debía dejarse guiar por las apariencias tan fácilmente. En un terrible descuido, decidió dejar a un lado su lanza plateada y retirarse la armadura de luz.

—¡Ahora! ¡Ya no tiene protección! —gritó el rey.

Una docena de guardias, que estaban mimetizados con las sombras del lugar, cayeron encima del guardián.

Molen era rápido, y estaba muy bien entrenado en el combate cuerpo a cuerpo, pero lo coordinado y sorpresivo del ataque terminaron por vencer sus defensas y doblegarlo.

—¡Eres un traidor! No tienes honor ni palabra —gritó con todas sus fuerzas.

—¿En realidad pensaste que te regalaría la paz, y de esa manera? Los papiros que viste son los de las personas que murieron hace mucho tiempo. Los nuevos están muy bien guardados, en un lugar al que solo yo tengo acceso. ¡Ja, ja, ja! No eres digno de tus antecesores; ellos no hubieran caído en una trampa tan inocente.

El guardián reconoció que fue descuidado, por no haber estudiado más a fondo la historia de ese reino. Por tratarse de la tierra de la oscuridad había preferido simplemente dejarla de lado. No recordó, o simplemente no sabía, que sus habitantes podían estar tan cerca de él y ser virtualmente invisibles. Ahora pagaría muy caro por su equivocación.

—¡Tráiganme su arma!

El rey oscuro sabía que la armadura de luz no podía ser destruida, pero la lanza plateada no era tan fuerte: —Hoy te demostraré parte de mi inmenso poder, ingenuo guardián.

El monarca de las sombras tomó la lanza entre sus manos y luego de repetir unos versos en una lengua que dañó los oídos de Molen, lentamente la empezó a doblar, hasta que esta se partió. En ese momento un poderoso rayo de energía salió disparado con dirección a la torre de las cuatro puertas.

—En cuanto a tu armadura y la llave de la torre, nunca volverás a verlas.

—No lo hagas. Si atacas la torre todo podría ser destruido.

—Eso es lo que espero que suceda.

—La torre mantiene el equilibrio de este mundo. No debe permanecer abierta más de una puerta a la vez. La oscuridad de este reino trataría de imponerse en los otros territorios. Se esparciría por doquier, asfixiando y destruyéndolo todo.

—Recién te das cuenta de la dimensión de mi ambición. ¡Guardias, llévenlo a la mazmorra!

Lyda y sus dos hijos descansaban en la sala familiar, cuando un destello muy brillante casi los encegueció. No tardaron en percatarse de que la torre parecía estar rodeada por una extraña luz.

Subieron rápidamente al salón de observación. Cuando llegaron fueron testigos de cómo aquella energía rodeó unas cuantas veces al edificio y se proyectó hacia arriba, produciendo un anillo de luz que iluminó por completo el cielo nocturno.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Yali.

—No estoy segura, hija. Parece la entrada a otro lugar.

—¡De alguna manera sé que tiene ver con nuestro padre! ¡Algo ha ocurrido! —exclamó Gósel, con gran preocupación.

—Yo también siento algo. Pidamos a los dioses para que él esté bien —dijo Lyda, abrazando a sus hijos con fuerza.

III. LLEGADA INESPERADA

El muchacho abrió los ojos y lo primero que reconoció fue a Kalya, que dormía con el rostro cubierto por su roja y larga cabellera.

Kes tenía el cuerpo adolorido. Sentía como si lo hubieran apaleado. Sin levantarse del suelo, buscó al resto de sus amigos, pero no vio a nadie más.

—¿Alit, Alit? ¿Dónde estás? —con mucho esfuerzo logró incorporarse.

Estando de pie pudo contemplar el paisaje. Era vital y hermoso. La pequeña colina sobre la que se ubicaba le permitió descubrir que estaba en medio de un bosque de árboles muy altos y frondosos.

Aunque no era un experto en plantas, como Alit, no tardó en darse cuenta de que aquellas especies no se parecían ni a las de Bernia, ni a las de Terralán.

—¿Dónde habremos caído esta vez? —se preguntó en voz alta, tratando de recordar lo ocurrido.

La imagen de él y sus amigos siendo arrastrados por una fuerza misteriosa aún daba vueltas en su cabeza. Todo era tan confuso.

Sintiendo que Kalya estaba en un sitio seguro, echada sobre el mullido césped, decidió dar un corto paseo. Las aves cantaban sin cesar, a la distancia, y el sonido de muchos

pequeños animales que escarbaban y trepaban a los árboles lo acompañaron en su exploración.

Kes siempre había tenido el oído muy agudo, y no tardó en percibir que alguien lo estaba siguiendo.

—«No me sorprenderás» —pensó, mientras se ocultaba tras un árbol. Los pasos se oían cada vez más cercanos.

Cuando calculó que el momento era preciso, saltó con su espada desenvainada. El rey Landor había insistido en que conservara el arma que usó en la batalla contra la hidra de tres cabezas.

—¡Eh! ¿No reconoces a tu mejor amigo?

—¡Alit! Casi haces que te hiera. ¿Por qué me seguías de esa manera? Te ves diferente.

—No estaba seguro de que fueras tú. Algo extraño ocurre aquí.

—Sí, al parecer estamos en una tierra nueva.

—No es solo eso. Mira tu ropa.

Kes reparó recién en que lo que llevaba puesto le quedaba corto y apretado: —Se habrá encogido por alguna razón.

—A mí también me queda chica. No puedo explicarlo, pero de alguna forma hemos crecido. Por eso no te reconocí. Creí que alguien te había robado lo que traías puesto.

A Kes le sonaron raras las palabras de su amigo, pero era cierto. Se sentía diferente.

—Ven. Te probaré lo que estoy diciendo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kes.

—Tienes que verte a ti mismo.

Alit lo llevó hasta un ojo de agua cercano. Ahí, pudo contemplar su reflejo. Su rostro, sus brazos y piernas. No había duda de que era él, pero efectivamente se veía mayor. Ahora parecía un adolescente de catorce años.

—¿Cómo es posible? ¿Habremos dormido por tanto tiempo?

—No lo creo, Kes. Pienso que tal vez vagamos por el espacio y el tiempo antes de caer en esta tierra.

—¿Por el espacio y el tiempo? ¿Qué podría causar algo así?

—¿Recuerdas la fuerza que nos atrapó cuando estábamos por alcanzar el portal a Terralán?

—¡Casi lo había olvidado! Pero sí, algo recuerdo.

—Quizás la caída a este lugar fue más larga de lo que podemos imaginar.

—Me pregunto dónde estarán los pegajosos. No hay rastro de ellos.

—Tampoco de Kalya. Tal vez estén juntos —exclamó Alit.

—No, ella está conmigo. La dejé dormida cerca de acá, en esa dirección. Vamos a buscarla.

La joven despertó lentamente. Se acomodó el cabello hacia un lado y de inmediato notó algo raro.

—Vaya, no recordaba que lo tuviera tan largo.

Sentía las piernas y brazos entumecidos, por lo que tardó un poco en ponerse de pie.

No había terminado de estirar el cuerpo cuando escuchó el sonido de algo que se acercó volando, muy rápido. No tuvo tiempo de reaccionar, y para cuando lo escuchó de nuevo, recién pudo descubrir que se trataba de un par de boleadoras, que ahora le impedían mover las piernas. Imposibilitada de caminar cayó al suelo, golpeándose un costado del cuerpo.

En esa posición tan desventajosa prefirió esperar tranquila y en silencio a que su atacante se revelara.

—¿Qué tenemos acá? —escuchó una voz grave.

—No es de aquí —la secundó otra más aguda. Parecía de mujer.

—Tienes razón. Sus ropas son diferentes.

—Apostaría a que es una espía del reino de los hielos, o de las arenas.

—No te adelantes, Cila. Tal vez solo sea una muchacha extraviada. No debiste lanzarle tus boleadoras de esa manera.

Ante la sospecha de que no se encontraba entre gente malintencionada, Kalya decidió hablar: —¿Quiénes son ustedes? ¿En dónde me encuentro?

—¡O sea que estás perdida! —exclamó la desconfiada mujer.

—No sé dónde estoy. Pero les puedo decir mi nombre, y de dónde provengo.

—Te escuchamos —intervino el hombre.

—Yo soy Kalya, y vengo de Bernia.

—¿Bernia? ¿Qué lugar es ese? ¿Acaso una ciudad en los hielos? —preguntó la mujer—. Tal vez se trate de uno de esos oasis en medio de las arenas.

—No, es un reino, con bosques, lagos y montañas, que por cierto no logro distinguir acá.

—¿Montañas? ¿Qué son montañas? —preguntó nuevamente la mujer, un poco confundida.

—Antes de que sigas con tu interrogatorio, permítenos presentarnos —dijo el hombre—. Mi nombre es Agaer. Muchos me consideran el mejor rastreador del bosque. Ella es mi hermana, Cila.

Kalya respondió con una sonrisa y luego preguntó: —¿En verdad no saben qué es una montaña?

La respuesta fue muda, pero evidente.

—Son elevaciones de terreno, muy abruptas. Tan grandes, que a veces desafían a las nubes. ¿No hay nada así en este reino del bosque de ustedes?

Cila la miró aun con más desconfianza: —Mira, sus ropas ni siquiera le quedan. Parecen las de una persona más pequeña. Tal vez se las robó a algún desprevenido viajero.

En ese momento Kalya se dio cuenta de que lo que la mujer decía era cierto. En un primer momento creyó que sus ropas solo se habían encogido, pero después notó algo más. Se sentía diferente, más alta. Entonces recordó que su cabello también estaba mucho más largo.

—Algo me dice que no estás inventando todo eso —dijo Agaer—. Pero de cualquier manera no podemos arriesgarnos.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó Cila.

—La llevaremos a Erbos. Ahí sabrán que hacer.

Kalya intuyó que no se encontraba en verdadero peligro y no ofreció resistencia. De cualquier manera, no podía liberarse de las fuertes ataduras.

Antes de iniciar la marcha Agaer olfateó el aire, miró en todas direcciones en silencio, y le hizo una seña a Cila para que lo siguiera.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alit, que, junto a Kes, había sido testigo de lo ocurrido con su amiga, muy bien escondidos entre unos arbustos.

—No podemos perderlos. Debemos ser silenciosos.

—¡Esa es mi especialidad!

No había tiempo para reír, y Kes le hizo un gesto a su amigo para que se comportara de acuerdo con las circunstancias.

Los muchachos tuvieron que hacer un esfuerzo muy grande para no perder a la pareja de rastreadores. A pesar de llevar a una prisionera con ellos avanzaban increíblemente rápido entre la espesura. Por momentos parecía como si los árboles les hablaran, indicándoles el camino.

—¿Dónde crees que estemos, Kes?

—No lo sé, pero tratemos de no hablar. Algo me dice que esos dos podrían oírnos a gran distancia.

Alit asintió con la cabeza.

Avanzaron por un buen rato, hasta que Agaer hizo una nueva señal, esta vez para detenerse.

—Aquí descansaremos. Cila, dale un poco de agua a nuestra prisionera.

—¿Podrían aflojar mis ataduras? Me están lastimando las muñecas —pidió Kalya.

—Muy bien. Vamos a retirártelas, pero no intentes huir. Pronto descubrirías que es inútil —le advirtió el rastreador.

La joven proveniente de Bernia agradeció el agua y el poder sobarse las muñecas, que estaban algo inflamadas y adoloridas.

—¡Gracias! —fue todo lo que se animó a decir.

Cila sacó unas semillas de su bolsa, le dio la mitad a Agaer y luego le ofreció unas pocas a Kalya: —Toma. Saben bien, y te ayudarán a recuperar tus energías.

La joven rastreadora parecía ser ahora un poco más amigable.

En ese lugar los árboles se elevaban altos. El espeso dosel filtraba los rayos del sol de formas irregulares y caprichosas, resaltando la vitalidad del bosque, más frondoso e imponente que los que Kalya había conocido en Bernia.

—¿Cómo se llama este reino? —preguntó, creyendo haber olvidado el nombre.

—Es el reino del bosque, así lo llamamos nosotros —respondió Agaer—. La ciudad a la que vamos es Erbos. Eso es todo lo que necesitas saber.

Kalya comió la última de sus semillas, confirmando en poco tiempo que sus energías se habían repuesto. Con esa nueva vitalidad una idea empezó a fijarse en su cabeza.

—Sigamos. No quiero demorar en llegar —indicó Agaer.

Para sorpresa de la prisionera, sus captores reanudaron el recorrido avanzando delante de ella. Con las manos libres y sin nadie que la vigilara desde atrás, se sintió con la confianza suficiente para intentar escapar. Parecía como si la estuvieran invitando a hacerlo.

—«No puede ser tan fácil» —pensó desconfiada, pero la posibilidad de huir era irresistible.

Cuando sus captores parecían concentrados en el camino, Kalya decidió que la oportunidad había llegado. Echó a correr con todas sus fuerzas, tratando de mantenerse siempre en la dirección opuesta.

Volteó hacia atrás reiteradamente, esperando no verlos correr tras ella. Repentinamente, todo empezó a oscurecerse. Parecía como si la luz del sol ya no penetrara hasta el suelo del bosque. Miró hacia arriba y creyó notar que las copas de los árboles se estaban acercando unas a otras. Eso no podía estar ocurriendo. Kalya sabía que los árboles no podían moverse a voluntad.

—¿Qué clase de magia es esta? —se preguntó, y cuando quiso dar el siguiente paso no encontró donde apoyar el pie, cayendo a un profundo foso.

El fondo estaba cubierto de una gruesa cama de hojas, lo que amortiguó su caída. No entendía de dónde había salido el agujero. Podría haber jurado que tan solo hacía un momento no estaba ahí.

Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la poca luz del lugar y entonces pudo distinguir dos figuras que la miraban en silencio.

—¿Kalya? ¿Eres tú? —preguntó una voz que le sonó algo familiar.

—¡Qué suerte encontrarte! —agregó la otra.

—¡Atrás! ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué hablan como Kes y Alit?

—Porque somos Kes y Alit —respondió la primera voz, acercándose un poco más, permitiendo que la joven finalmente observara sus facciones.

Kalya se quedó impresionada. En efecto se trataba de sus amigos, pero se veían diferentes. No era solo que sus ropas les quedaran pequeñas, como a ella, sino que sus rostros no se veían iguales que antes. Estaba claro que ambos habían crecido.

—Tú también estás más grande —dijo Kes, adivinando lo que su amiga estaba pensando.

—¿Cómo es posible? Recuerdo que estábamos cayendo, con los pegasos. Luego vi algo parecido a una torre muy alta. Después de eso, solo puedo contarles sobre este bosque que parece interminable. ¿Y dónde están los pegasos?

—Tampoco lo sabemos —respondió Alit.

—En cuanto a tus captores, veníamos siguiéndote, tratando de que no nos descubrieran, cuando de pronto se abrió este foso en la tierra y caímos en él. Es como si el bosque tuviera voluntad propia —dijo Kes.

IV. LA CIUDAD DE ERBOS

—Tal y como lo esperaba —exclamó la mujer.

—Tenías razón, Cila. Sus amigos venían siguiéndonos.

Kalya, Kes y Alit se mantenían en silencio, en lo profundo del foso, cuando una soga les fue arrojada.

—Vamos, que no tenemos todo el día —los apuró Agaer.

Con la ayuda de aquel hombre, que poseía una gran fuerza física, los tres muchachos fueron saliendo uno a uno del agujero.

—Ahora reanudaremos la marcha —indicó el rastreador—. No querrán huir de nuevo. La siguiente trampa podría ser mortal.

Para sorpresa de los extranjeros, la claridad había regresado al bosque. Los árboles dejaban pasar nuevamente muchos de los rayos del sol.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alit—. Porque tengo mucha hambre.

—Tomen, esto los calmará —dijo Cila, ofreciéndole un poco de sus semillas.

Alit las miró con sospecha: —Creo que pasaré por esta vez.

—Vamos, que no son malas —lo animó Kalya.

—¿Estás segura? No me gustaría volver a quedarme dormido, como en tu tierra.

—Ya las he comido. Son muy buenas y repondrán tus energías muy rápidamente.

—¿Tienen también el poder de curar? —preguntó Kes.

—No, para eso tenemos otras habilidades —respondió Agaer—. Ahora les pido que guarden un momento de silencio. Alguien ha caído y el bosque nos pide respeto.

—Yo también he escuchado la voz de la naturaleza —exclamó Cila—. Una perturbación viene de la dirección de la torre.

Kes, Kalya y Alit no entendieron aquellas palabras, pero siguieron caminando detrás de los rastreadores. No se atrevieron a preguntarles por Elán, Elis y Alena. Creyeron que la situación y el momento no eran los oportunos. La vigilante Cila cerraba la fila.

Luego de una prolongada marcha, alcanzaron un gran arco, tallado en lo que reconocieron como un gigantesco árbol. Nunca imaginaron que pudiera existir uno de ese tamaño. Tenía un grosor que hubiera empequeñecido a la puerta más imponente de cualquier castillo o fortaleza que hubieran conocido.

—Por fin llegamos. La ciudad de Erbos —anunció Agaer.

—¿Eso es solo un árbol! —exclamó Alit.

Kes y Kalya le hicieron saber con un gesto que no debía ser tan impertinente.

Fuera de su espectacular tamaño, parecía que el arco era solo un punto de paso más en el camino, pero cuando lo atravesaron algo sorprendente sucedió. Una hermosa y muy

extensa ciudad apareció ante sus ojos. El arco era una especie de puerta mágica, única vía para acceder a ese fantástico lugar.

A lo lejos, se podía divisar un palacio, construido sobre lo que alguna vez fueran las raíces de árboles tan grandes como aquel que servía de entrada a la ciudad. Las casas estaban dispuestas entre caminos sinuosos, proyectando belleza y armonía.

Se detuvieron en una especie de plaza central, donde más de uno se les quedó mirando, llenos de curiosidad.

No habían terminado de salir de su sorpresa cuando se les acercó un hombre alto y delgado, que, tras tocar una pequeña trompeta para llamar la atención de los presentes, anunció: —Su majestad solicita de inmediato la presencia de los extranjeros.

Agaer y Cila pensaron que era muy extraño que sus prisioneros fueran requeridos en el palacio tan pronto.

—Como el rey ordene —respondió el rastreador.

—¿De qué crees que se trate todo esto? —preguntó su compañera en voz baja.

—No lo sé. Pero no nos toca a nosotros cuestionar a Su Majestad.

Kalya se acercó a Kes y le susurró al oído: —Cuando estemos frente al rey le preguntaremos por los pegajos.

Fueron llevados a través de los caminos llenos de curvas, los que podrían extraviar a cualquier visitante muy fácilmente.

Al fin llegaron a las puertas del palacio, que estaban hechas de muchas ramas y hojas. El mensajero repitió unas cortas palabras y estas se abrieron de par en par: —Sígueme.

Pronto llegaron a un gran salón, que dejaba entrar la luz del día a través de una serie de grandes aberturas entre los árboles que constituían la estructura principal del edificio.

En el extremo opuesto de la habitación se sentaba un hombre de corta barba, sobre un trono hecho también con materia vegetal.

—No hagan esperar a Su Majestad —les indicó el mensajero.

Se disponían a continuar, cuando el distinguido emisario dijo a los rastreadores: —Ustedes ya pueden retirarse. El rey desea hablar con los extranjeros en privado.

Agaer y Cila no pudieron ocultar una nueva sorpresa.

—Como Su Majestad disponga —dijo Agaer, tras una pequeña reverencia.

Las puertas del salón se cerraron y los muchachos fueron conducidos hacia el trono.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, comprobaron que el rey era un hombre de mediana edad, vestido con ropas finas, hechas en base a cuero y tela. Su mirada era penetrante, y una expresión severa dominaba su rostro.

Kalya estuvo a punto de hablar para presentarse, cuando el soberano se puso de pie y avanzó hacia ellos. Luego de rodearlos, mirándolos de pies a cabeza, preguntó: —¿De dónde vienen? ¿Dónde están los otros?

La forma inquisitiva en que el rey se los preguntara les hizo darse cuenta de que no eran bien recibidos. Kes prefirió no decir nada sobre los pegasos.

—¿Los otros? ¿De quiénes habla, Su Majestad?

—Sé muy bien que fueron seis los espías que llegaron de más allá de la torre.

Kalya decidió intervenir: —Su Graciosa Majestad, únicamente somos nosotros tres. No somos espías. Tal vez sus informantes estén equivocados.

—¿De dónde vienen? ¡Hablen! —preguntó el rey, que parecía perder la paciencia con facilidad.

—Venimos de Terralán —respondió Alit.

—Nunca lo había escuchado. ¿Qué lugar es ese?

—Bueno, en realidad, venimos de Bernia, pero estábamos regresando a casa cuando sucedió algo inexplicable y fuimos a parar a este reino.

Cuando Kes reaccionó ya era muy tarde para callar a Alit, que con su lengua siempre larga quizás ya había hablado de más.

—No conozco esa Terralán, o Bernia, de las que hablas. Pienso más bien que ustedes tres son espías del reino de las arenas, o los hielos.

—Su majestad —interrumpió respetuosamente el mensajero—. Mire sus ropas. No se parecen en nada a las que usan los habitantes de esas tierras.

—Evidentemente, parte de un disfraz. Quieren hacernos creer que no provienen de alguno de los reinos enemigos.

Kes se dio cuenta de que la situación se complicaba más a cada momento. Optó por tratar de hacer valer la verdad.

—Debe creernos. No sabemos nada de esos lugares que menciona.

—¡Silencio, espía! Serán llevados a los calabozos, y ahí permanecerán, hasta que por hambre y sed se vean obligados a hablar.

V. NUEVOS ALIADOS

Elán apenas podía moverse, pero haciendo un último esfuerzo se paró sobre sus cuatro patas. Miró alrededor, y luego de comprobar que una extraña vegetación lo rodeaba, observó a lo lejos una edificación muy alta que rozaba las nubes.

Estaba desorientado. Nunca en su larga vida como Señor de los pegasos se había sentido así. Trató de recordar lo ocurrido, sin mayor resultado. Entonces distinguió en el aire dos figuras que se acercaban a él volando con suma elegancia.

—Padre, al fin te encontramos —exclamó Elis—. Pensábamos que tal vez no habrías llegado a este mundo.

Alena lo acompañaba.

—Estoy contento de verlos. ¿Cómo están? —preguntó Elán.

—Fuera de algunos golpes, nada serio. Aunque no podemos recordar qué ocurrió.

—Sí, es extraño. Tampoco yo sé bien qué pasó. ¿Han visto a los muchachos?

—No sabemos nada de ellos, padre.

El Señor de los pegasos hizo un nuevo esfuerzo por recordar lo ocurrido, pero fue en vano. Solo de algo podía estar seguro. Estaban en una tierra nueva y desconocida.

—¿Creen que se trate de Terralán? —preguntó Elis.

—No lo creo —respondió su padre—. No hay montañas a la vista, solo esa extraña torre que parece desafiarnos a la distancia.

—Tienes razón —intervino Alena—. Kes y Alit nos contaron que en su tierra hay montañas majestuosas. Creo que las llaman Cordillera Moaskif.

—La vegetación, también se ve extraña —intervino Elis.

—Sí, pero no es solo su apariencia, hijo. Este bosque parecer estar consciente de sí mismo, de una manera que nunca habría creído posible.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alena.

—Iremos hacia esa torre. Algo me dice que tal vez ahí encontraremos las respuestas que buscamos.

El impetuoso y valiente Gósel apenas podía contener el impulso de salir en busca de su padre. Desafortunadamente, la única forma de abrir la puerta hacia el reino de la oscuridad era mediante la llave negra, que ahora estaba en poder del rey de las sombras.

—Madre, ¡tenemos que hacer algo!

—Hijo, yo tanto como tú deseo saber qué ha pasado con nuestro amado Molen. Pero no podemos ayudarlo. No debemos abrir esa puerta.

—Tiene que haber una forma —insistió Gósel.

—En este momento debemos ser fuertes. Tu padre así lo querría —exclamó Lyda—. Lo único que podemos hacer es esperar en el salón de observación. Tal vez desde ahí encontremos una pista que nos permita saber qué le ha ocurrido.

—Vamos, hermano. Estoy segura de que juntos podremos descubrir qué ha pasado con nuestro padre —dijo la cariñosa y siempre optimista Yali.

—Llevemos algo de comer. Creo que pasaremos largas horas allá arriba —agregó Lyda.

Pronto estuvieron instalados junto a la baranda, desde donde se podía observar gran parte del reino de la oscuridad.

Utilizando el catalejo mágico de su padre, Gósel se dedicó a otear el horizonte. De cuando en cuando su hermana se lo pedía, y él se lo prestaba gentilmente, aprovechando esos momentos para saciar la sed o comer algo.

Para hacer algo menos tediosa la espera, Lyda les relató historias de los primeros viajes de Molen a los otros reinos. Incluso les habló acerca de los guardianes que lo habían antecedido.

—Mamá, ¿el abuelo de papá también fue un guardián? —preguntó Yali, tras devolverle el catalejo a su hermano.

—Tu abuelo fue el primero de nuestra familia. A veces ocurre que un guardián no llega a tener hijos. En esos casos, cuando llega el momento de renunciar a su puesto, debe ingresar a uno de los reinos para buscar a un sucesor.

—Entonces, ¿de dónde vino el abuelo?

—Él era un hijo del reino de los hielos.

A la jovencita pareció gustarle la revelación.

—Ahora que lo pienso, es curioso. Es la primera vez que hablamos de ello —exclamó Lyda.

—Madre, mi papá sí me habló del abuelo en varias ocasiones —intervino Gósel—. Él fue un hombre honorable y valiente, y por eso fue elegido de entre muchos otros candidatos que se presentaron ante la torre.

A Gósel le emocionaba la idea de suceder a su padre algún día, y llegar a constituir la tercera generación de guardianes en su familia.

Lyda le sonrió a su hijo: —Tu padre se sentirá contento cuando sepa de la manera como piensas y sientes respecto a tu abuelo.

Ambos se estrecharon en un cálido abrazo, el que solo fue interrumpido por Yali, que acaba de regresar de la baranda desde la que se observaba otro reino.

—Creo que he visto algo —exclamó la jovencita.

—¿A qué te refieres, hija?

—Allá, en el reino de los bosques.

Los tres se acercaron al punto de observación, donde Gósel empleó nuevamente el catalejo: —¿En qué dirección, hermanita?

—Por allá —señaló Yali con el dedo—. Parecen unos caballos voladores.

—¿Caballos que vuelan? Eso no existe —afirmó Lyda.

—Tu hija tiene razón, mamá. Se acercan tres caballos con alas, y a una gran velocidad.

Todavía escéptica, Lyda tomó el catalejo y lo apuntó en la misma dirección. Su sorpresa fue mayúscula: —Primero la extraña luz de anoche, y ahora esas criaturas. Algo está ocurriendo.

—No lo entiendo —dijo Alena—. Por más que bato las alas no consigo avanzar.

Elán se dio cuenta de que ninguno de ellos podía seguir. La enigmática torre estaba muy cerca, pero por alguna razón no podían llegar a ella.

—Debe ser algún tipo de magia poderosa. No siento que sea maligna, pero no nos deja acercarnos.

—Debemos buscar la forma de contactar a sus ocupantes —dijo Elis.

El Señor de los pegasos compartía la idea de su hijo, pero por más que buscó no encontró puerta o ventana alguna que le indicara por dónde podrían intentarlo.

—¡Miren! Allá arriba —les avisó Alena.

Los pegasos pudieron notar, a una altura sobrecogedora, un disco que rodeaba la torre, como un balcón. Elán supo que tendrían que llegar hasta ese lugar.

—No podremos avanzar, pero sí volar hacia arriba.

Elis y Alena confiaban plenamente en su líder y lo siguieron sin dudar. Pronto comprobaron que su objetivo estaba a una altura mayor que la cima de la Montaña de los Vientos Eternos, en su natal Bernia. Ello no los desanimó, y con una determinación a prueba de todo siguieron aleteando. Sin embargo, poco después sus fuerzas parecían estar empezando a abandonarlos.

—No sé si podremos llegar —confesó Elis—. Está demasiado alto.

—No te rindas, hijo. Ya puedo ver una especie de plataforma de observación, y sobre ella hay tres personas.

Aquellas palabras infundieron un renovado ánimo a su hijo y así, junto con la valiente y decidida Alena, finalmente alcanzaron su propósito. Ahora solo usarían sus fuerzas para mantenerse a esa altura, esfuerzo considerablemente menor al de seguir elevándose.

Elán se fijó en la mayor de aquellas personas y habló con voz firme y clara: — Necesitamos que nos ayuden. No somos de esta tierra y hemos caído aquí por accidente.

La mujer los miró con asombro.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren?

—Somos pegasos, mi nombre es Elán, y ellos son Elis y Alena.

Gósel, que también estaba fascinado con aquella aparición, tomó la palabra: —Yo soy el hijo de Molen, el guardián de la torre. ¿Ustedes saben algo de mi padre?

Elán sintió la sincera preocupación del muchacho. Creyó encontrarse entre personas justas.

—Lo siento, pero no sabemos de quién nos estás hablando. Estamos buscando a nuestros amigos. Tres muchachos, algunos años menores que tú.

De alguna manera Gósel también creyó encontrar sinceridad en las palabras de la extraña criatura.

—Madre, creo que debemos abrirles la puerta.

Lyda estuvo de acuerdo y autorizó a su hijo a tomar la llave del reino de los bosques del cofre en el que Molen la guardaba: —Ve, hijo. Déjalos entrar.

Los pegasos parecían no poder sostenerse por más tiempo a esa altura, cuando Gósel les dijo: —Desciendan hasta la base de la torre. Yo los estaré esperando abajo.

Elán agradeció el ofrecimiento, y junto a los jóvenes pegasos se dejó llevar, planeando en espiral, de regreso al suelo.

El muchacho que les hablara los esperaba junto a una imponente puerta que antes no había estado ahí. Se sintieron animados. La magia de aquella torre quizás sí los ayudaría después de todo.

Gósel tampoco podía ocultar su asombro, al ver de cerca a tan majestuosas y magníficas criaturas. Con un gesto amable, las invitó a entrar. Era la primera vez que alguien que no perteneciera a ese mundo ingresaba a la torre de las cuatro puertas.

Momentos después todos se reunían en la sala familiar.

—Permítanme presentarme adecuadamente —dijo el Señor de los pegasos, al notar que Lyda y Yali los observaban mudas, llenas de asombro—. Yo soy Elán. Junto con mi hijo Elis y una de nuestras hermanas, Alena, hemos caído en su mundo. Provenimos del reino de Bernia.

—Yo soy Lyda, y ellos mis hijos Gósel y Yali. Mi esposo es el guardián de esta torre, el responsable de controlar quien entra y sale de los cuatro reinos. Afuera dijiste que estaban buscando a unos muchachos. ¿También ellos son pegasos?

—No, son personas, como ustedes. Sus nombres son Kalya, Kes y Alit. Cayeron con nosotros, pero ahora no sabemos dónde están. Quizás tomaron otro camino mientras estuvimos inconscientes.

—Pues algo es seguro —dijo Lyda—. Deben estar en el reino de los bosques, donde ustedes también aparecieron. No pudieron haber llegado a otro lugar, no sin pasar por esta torre.

Tras la oportuna revelación, Elán pensó que las posibilidades de encontrar a sus amigos aumentaban considerablemente.

En ese momento Yali exclamó: —Creo que sé cómo llegaron y por qué están acá.

Todos la miraron llenos de curiosidad.

—Anoche una extraña luz rodeó la torre y luego salió disparada hacia arriba, dibujando en el cielo un disco muy brillante.

Lyda miró a su hija con una sonrisa, orgullosa de la vivacidad de su pequeña: —Pensamos que anoche pudo haberle ocurrido algo terrible a mi esposo. Él ingresó recientemente al reino de la oscuridad, que a diferencia del que ustedes ya conocen, representa un peligro.

—Yali y mi madre tienen razón —dijo Gósel—. Anoche creímos haber sentido que mi padre estaba en problemas. Quizás ustedes cayeron aquí para ayudarnos.

Elán pensó un momento en silencio, y luego sentenció: —Su hospitalidad nos ha dado una nueva esperanza, y sus palabras suenan ciertas a mi corazón. Con mucho gusto haremos todo lo que esté a nuestro alcance por ayudarlos.

Gósel hubiera querido ir primero al reino de las sombras, en busca de Molen, pero era perfectamente consciente de que no tenía forma de abrir esa puerta. Además, algo en su interior le decía que si ayudaba primero a sus nuevos amigos luego podría alcanzar a su padre.

VI. EL ESCAPE

—Kes, ¿puedes alcanzar las llaves? —preguntó Kalya, que permanecía encerrada en una celda justo al frente de la de los muchachos. La joven se dio cuenta de que sus celadores parecían haberlas olvidado demasiado cerca de ellos.

—No me gusta esto —exclamó Kes—. Recuerda lo que nos pasó en el bosque.

—A mí también me parece sospechoso, pero creo que deberíamos intentarlo de todos modos.

—Tú brazo es el más largo —dijo Alit—. Si tú no las alcanzas, nadie más podrá.

Kes asintió y de inmediato se estiró lo más que pudo.

—¡Estoy muy cerca, pero no las alcanzo!

En ese momento, Kalya pareció recordar algo: —¡Lo tengo!

Alit y Kes la miraron en silencio, esperando que les dijera lo que estaba pensando.

—No me revisaron tan bien como ellos creen. Todavía lo tengo conmigo —se felicitó la joven.

Kalya sacó de un lugar secreto de sus botas dos varillas cortas de madera. Kes sabía lo que eran: —¡Tu atronador!

—Voy a dirigirlo directamente hacia el candado. No sé si tendrá la fuerza suficiente como para romperlo, y el ruido que produzca alertará a los guardias, pero creo que es nuestra única oportunidad.

—Alit, tápate los oídos —le advirtió Kes.

Kalya tomó con firmeza las dos varillas mágicas y procedió a chocarlas con todas sus fuerzas.

Alit, aún con los oídos tapados, exclamó: —No parece tan fuerte. Casi no escuché nada.

Kalya le hizo un gesto, y luego exclamó evidentemente abatida: —Eso es porque no funcionó. Su magia parece no trabajar en este lugar.

Kes dijo entonces: —Arrójame una de ellas. Hay una magia que sí podrán realizar.

La joven de hermoso cabello rojo lo miró intrigada, dándose cuenta poco después de la idea de su amigo. Utilizando la varilla ahora Kes sí podría alcanzar las llaves.

Alit recalcó orgulloso de su amigo: —No debemos olvidar que una mente ágil a veces es tan eficaz como la magia más poderosa.

Tratando de no hacer ruido, los tres muchachos subieron por las escaleras que los sacaron de la profunda mazmorra. Pero cuando llegaron al nivel superior pensaron que su intento de escape había sido demasiado corto: una docena de hombres custodiaba la habitación que anteceda a la salida a un extenso patio.

Todo parecía perdido, cuando se escuchó el fuerte sonido de una trompeta. Los guardas marcharon ordenadamente hacia afuera, dejando vacío el lugar.

Kes y sus amigos no entendían qué había ocurrido, pero luego de asegurarse de que nadie los estaba observando avanzaron hasta la puerta. Desde ahí pudieron contar muchos soldados en formación. Afinaron el oído.

Un hombre que tenía aire de general estaba de pie, frente al rey.

—Su majestad. Nuestros hombres en el perímetro exterior nos informan que las criaturas aladas han sido vistas dirigiéndose hacia acá. Llegarán a Erbos dentro de muy poco.

—Mis órdenes son claras, general. No quiero vivos a esos espías. Que los arqueros encabecen sus filas.

—Como usted ordene, su majestad.

Kes y sus amigos se entusiasmaron ante lo que escucharon. Seguramente se trataba de los pegasos.

—Había pensado que nuestra mejor oportunidad sería que huyéramos de la ciudad, pero ahora creo que nos conviene más permanecer escondidos en este lugar —exclamó Kalya.

—Tienes razón. Si Elán y los otros están en camino mejor debemos esperarlos acá. Alit, ¿estás de acuerdo?

—Sí, pero si no tenemos cuidado nos van a descubrir. Creo que ya sé dónde podemos ocultarnos.

—¿Dónde? —preguntó Kes.

—En el palacio del rey.

—¿Estás loco? Es el lugar más peligroso —dijo la muchacha.

—No, Kalya. Alit tiene razón. Es el lugar en el que menos esperarían encontrarnos. Los guardas de la mazmorra también abandonaron sus puestos. Por el momento nadie ha notado nuestra ausencia.

—Tal vez tengas razón —admitió ella.

—Solo debemos vestirnos como ellos, y creo que ya vi dónde podemos procurarnos tales ropas.

Cerca de ahí divisaron un edificio junto al que se levantaba una pila de telas.

—Parece el taller de un sastre —dijo Kes.

—Allí preparan sus ropas —agregó Alit.

Aprovechando que las calles estaban casi vacías, debido a que la gente acompañó a los soldados hasta la puerta de la ciudad, los tres valientes se apropiaron de ropas que les quedaran bien. Ya no se veían muy diferentes de cualquier otro habitante de Erbos.

—¿Cómo funciona la torre exactamente? —quiso saber Elán.

—Mi padre es el encargado de vigilar a los cuatro reinos —respondió Gósel, que iba montando sobre su lomo—. Si alguno de los reyes quiere ingresar para hablar con él, debe tocar su trompeta mágica cerca de la torre. Hay una para cada reino. La amarilla para las arenas, la azul para los hielos, la verde para los bosques, y la negra para las sombras. Cuando la trompeta es tocada por el legítimo soberano de cada reino, la puerta mágica aparece frente a ellos, pero sólo el guardián tiene la llave que permite abrirla.

—¿Siempre ha sido así?

—Desde hace muchos siglos. Está escrito en los registros de la torre.

—Ahora entiendo la gran importancia de la función de tu padre. Su ausencia ocasionará muchos problemas en este mundo. ¿Falta mucho para llegar a Erbos? —preguntó el pegaso.

—Recuerdo bien las historias que me contaran de chico, ya casi estamos ahí.

Elis volaba justo detrás de ellos.

—No te preocupes por tu madre y hermana. Alena sabrá cuidarlas bien —lo animó Elán, que había notado que por momentos el decidido joven parecía ausente—. Ella es una pegaso muy valiente y capaz.

—Gracias, amigos.

El hijo del guardián de la torre les había explicado que el Señor del reino de los bosques no era un enemigo, y que seguramente tendría noticias de sus amigos. Gósel estaba emocionado. Era la primera vez que se alejaba de la torre.

—Erbos es invisible desde el aire, e incluso desde el camino del bosque no podríamos notarla, pero mi padre me enseñó hace mucho a interpretar ciertas señales —explicó el muchacho.

Acostumbrado a la magia, Elán entendió que algún tipo de manto camuflaba la ciudad, ocultándola de ojos indiscretos: —¿Qué señales son esas?

—Los pájaros no vuelan por encima de Erbos. Aunque no la vean sienten su esencia, su energía, y la rodean.

—¿Por qué la evitan? ¿Acaso es una energía negativa?

—No, pero si absorben mucha el manto que cubre la ciudad podría debilitarse y llegar a fallar. Las aves son aliadas de los hombres de Erbos.

—Entiendo, entonces nos concentraremos en esas señales —dijo Elán.

No tardaron en notar lo que Gósel les había explicado. Frente a ellos, el cielo parecía no ser surcado por pájaro alguno. La ciudad debía estar justo debajo.

Se preparaban para descender, cuando una sorpresiva lluvia de flechas surcó el aire, demasiado cerca de ellos.

—¡Eh! ¡Vaya comité de bienvenida! —exclamó Elis, quien al igual que su padre, se vio obligado a realizar exigidas maniobras evasivas.

—No entiendo por qué esta agresión —dijo Gósel—. El rey de los bosques no es un enemigo.

—Tal vez tenga que ver con la desaparición de tu padre —intervino Elán.

A pesar de que se encontraban en un reino diferente al que Molen había ingresado, el extraño y sorprendente comportamiento de los habitantes del bosque le hizo pensar al muchacho que el pegaso podría tener razón.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elis.

—Descenderemos en otro lugar. Tengo una idea —respondió Gósel.

El ejército del bosque se había dispuesto formando un anillo alrededor de la ciudad. Los arqueros habían disparado la primera andanada de rápidas saetas, logrando alejar a sus enemigos.

—General, ya no hay rastro de los caballos alados.

—Muy bien. Esos espías saben ahora a quiénes se enfrentan. Preparen las ballestas. Si vuelven a aparecer no tendrán oportunidad.

Las ballestas disparaban sus flechas a una velocidad mucho mayor que los arcos, volviéndolas armas mucho más efectivas.

—Uno de los caballos voladores llevaba un jinete, general.

—Sí, creemos saber de quién se trata. Uno de nuestros vigías asegura haber reconocido al hijo del guardián de la torre. Tal y como el rey lo sospechaba, el encargado de cuidar las cuatro puertas es un aliado del enemigo.

Muy pocos sabían que, gracias al celo y temor excesivos del rey de los bosques hacia sus vecinos, el rey de la oscuridad había logrado establecer con él una poderosa conexión mental. De esa manera, usando sus oscuras artes, lo había influenciado, haciéndole creer que el guardián de la torre estaba del lado de los hombres del hielo y las arenas, y que, junto a ellos, preparaba una ofensiva para conquistar su territorio. Por ello no dudó en acusar de espías a Kes, Kalya y Alit. Luego no le fue difícil convencer a su pueblo de que debían buscar la forma de penetrar la torre e ir a la guerra contra los otros reinos.

Ahora, seguro de que su oscuro aliado lograría encontrar la forma de capturar al guardián, creyó que el momento de atacar estaba próximo. Parecía no importarle las advertencias de sus consejeros y videntes, que lo habían prevenido de las verdaderas intenciones del rey de las sombras.

Los pegasos lograron descender en un lugar del bosque que los mantendría ocultos de sus enemigos, al menos por un tiempo.

La naturaleza, que hubiera actuado en favor de los habitantes del reino del bosque, no había hecho nada por atacarlos, o delatarlos, debido a que Gósel llevaba la llave mágica consigo. El hijo del guardián era bien recibido por los espíritus del bosque.

—Tenemos una gran oportunidad. Los árboles me están hablando —reveló el muchacho.

Elán era un extranjero en esa tierra, pero su esencia de criatura justa y noble fue reconocida de inmediato por aquellos espíritus.

—Yo también puedo oírlos, Gósel. Es un honor compartir contigo esta conexión.

—Hay otra forma de llegar al corazón de Erbos. Ellos nos mostrarán el camino.

Así, el bosque los fue guiando, lenta pero seguramente, a través de caminos disimulados entre la vegetación.

Los pegasos hacían un gran esfuerzo por mantener sus aladas pegadas al cuerpo. Al comienzo pareció que su mayor envergadura les dificultaría el avance, pero para sorpresa de Gósel, hicieron gala de una increíble agilidad.

—Hemos logrado rodear sus filas —aseguró Elán.

El muchacho no estaba todavía seguro de las habilidades de sus nuevos amigos, pero algo en la voz del pegaso lo convenció de sus palabras.

—En ese caso, ya debemos estar muy cerca. Mi padre me contó una vez de qué manera se ingresa a la enigmática Erbos.

Frente a ellos, pudo reconocer el arco natural tallado en el gigantesco árbol.

—Es por ahí. Estemos atentos. En cuanto lo crucemos estaremos dentro de la ciudad.

—¿No habrá guardas esperándonos del otro lado? —preguntó Elis.

Gósel miró a Elán y preguntó: —¿Tú qué crees?

—El bosque me dice que continuemos.

Los tres cruzaron el arco con decisión.

De inmediato experimentaron toda la magia y maravilla de ver aparecer una hermosa ciudad ante sus ojos. Por orden del rey, los hombres se habían retirado de la entrada, ubicándose en el perímetro del palacio. La gente se había reunido en la plaza principal, interesada en saber más acerca de la sorpresiva movilización del ejército.

Gósel reaccionó rápidamente y sacó de su bolsa unas delgadas, pero suficientemente grandes mantas, con las que tapó las alas de los pegasos.

—Permanezcan con las alas juntas y no digan una sola palabra. Trataremos de hacer que pasen por caballos.

Elán celebró la idea y con un gesto le indicó a Elis que hiciera tal y como el muchacho les había pedido.

El hijo del guardián de la torre trató de recordar lo más posible las enseñanzas de su padre. Sabía que la gente de ese reino era hospitalaria por naturaleza, y que, aunque muchos

de sus habitantes vivían en Erbos, otros tantos estaban esparcidos en pueblos y villas a algunos días de camino. Trató de actuar como un viajero.

—Debemos acercarnos lo más posible al palacio. Ahí podremos averiguar sobre sus amigos.

A partir de ese momento Elán y Elis no abrirían la boca. Solo asintieron, imitando los movimientos de los caballos.

De pronto un hombre se les acercó, y luego de saludar cortésmente a Gósel, exclamó: —¡Qué magníficos animales! ¿A cuánto me vendes tus caballos, muchacho?

—No están en venta.

—¿Estás seguro? Porque puedo pagarte muy bien por ellos.

—Los he traído para herrarlos. En mi pueblo no tenemos herreros tan buenos como los de aquí.

—Ya veo. Pero si cambias de opinión no dejes de buscarme. Soy el dueño de la taberna, justo al final de este camino.

—Lo tendré en cuenta, gracias —se despidió Gósel.

—Antes de que te vayas, podrías decirme de qué pueblo vienes. Me interesaría visitarlo pronto, para ver si puedo conseguir caballos tan buenos como los tuyos.

Una vez más el muchacho hizo uso de su prodigiosa memoria. En su cabeza tenía grabados los nombres de algunas ciudades y pueblos de los reinos que su padre cuidaba: —Lasea, venimos de Lasea.

—¿Venimos? ¿Con quién más viajas? —preguntó el hombre con extrañeza.

—Nuestros animales son muy queridos, para nosotros son como de la familia. Por eso considero que somos tres los que hemos realizado el viaje hasta Erbos.

—Ya veo... bueno, que tengas un buen día.

Elis sonrió disimuladamente, mientras Elán hacía ruidos y movimientos típicos de un equino común y corriente.

Siguieron avanzando, hasta que un poco más adelante divisaron la plaza principal. Estaba llena de gente, que, sentada en largas mesas, compartía un opíparo almuerzo. Cada uno había llevado algo de comer, o tomar, y ahora compartían aquel festín alegremente, esperando las noticias de su ejército.

—Estén alertas y abran muy bien los oídos —dijo Gósel—. Veamos si averiguamos algo que nos lleve con sus amigos.

—¡Miren! En la plaza —exclamó Kalya.

—¿Qué cosa? —preguntó Kes.

—Fíjate en ese muchacho que permanece a cierta distancia de la gente que está comiendo.

Kes, Kalya y Alit habían logrado ingresar al palacio sin ser vistos, y en su intento por descubrir algo que los sacara de esa tierra extraña habían alcanzado a subir a una de las torres principales.

Desde esa altura, a través de una pequeña ventana, la joven oriunda de Bernia creyó haber reconocido a sus amigos.

—¿Qué pasa con ese muchacho? —preguntó Alit.

—Fíjense quiénes lo acompañan —respondió ella.

No podía estar segura, pero la muchacha se animó con la idea de que fueran los pegasos quienes esperaban en la plaza: —Son Elán y Elis. Tienen las alas cubiertas. Apostaría mi atronador a que son ellos.

—En ese caso tenemos que buscar la forma de avisarles —dijo Kes.

—Tengo una idea —exclamó Kalya—. Escuchen con atención.

Gósel y los pegasos llevaban un buen rato observando a los habitantes de Erbos, pero hasta el momento no habían podido enterarse de nada que les dijera que efectivamente sus amigos estaban en la ciudad.

Entonces Elis tocó a su padre suavemente con la pata y lo hizo mirar hacia un punto elevado, en una de las torres del palacio. Un destello de luz aparecía y desaparecía de forma intermitente ante sus ojos.

—«No es posible» —pensó Elán, —«se trata del llamado de auxilio de los pegasos».

Fuera de sus hermanos alados, solo una persona lo conocía.

Cuando nadie los observaba, le avisaron a Gósel, quien comprobó que el destello provenía de una ventana donde creyó distinguir a tres personas.

—¡El momento de actuar ha llegado! —exclamó Elán, que abriendo sus alas se liberó de la manta que ocultaba su verdadera naturaleza. Elis hizo lo mismo, indicándole a Gósel que subiera sobre él.

Algunas personas se dieron cuenta de la presencia de las extrañas criaturas, pero para cuando terminaron de reaccionar los pegasos ya surcaban los aires.

En la torre, los muchachos se habían ubicado temerariamente sobre la delgada cornisa, esperando por sus alados amigos.

—Tenías razón, Kalya. ¡Qué bueno que tenías razón! —exclamó Kes.

—¡Prepárense! —dijo la joven del hermoso cabello rojo.

La gente en la plaza estaba estupefacta. Nunca habían visto un pegaso.

Elán fue el primero en llegar donde sus jóvenes amigos: —Kes, Alit, voy a pasar otra vez, a la menor velocidad que me sea posible. Estén listos para saltar. Kalya, tú irás con Elis.

La cornisa no brindaba espacio suficiente para que los pegasos se posaran en ella. Tendría que ser un rescate en movimiento.

Con todo el bullicio fuera del palacio, el rey se asomó por una ventana: —¡No puede ser! ¿Cómo pudieron salir de la mazmorra?

Con la mirada desorbitada y los ojos inyectados de furia, el soberano solo pudo contemplar impotente como las hermosas y majestuosas criaturas pasaron una vez más, junto a la torre, permitiendo que los muchachos subieran en ellas.

—¡Arqueros! —gritó el rey.

—No queda ninguno. Todos marcharon al encuentro de los espías, su majestad —le recordó un sirviente.

Los pegasos volaron con mucho cuidado alrededor del palacio, comprobando que no serían blancos de un ataque aéreo, y entonces enrumbaron hacia el arco de entrada.

Los habitantes de Erbos no terminaba de entender qué había ocurrido. Su rey les había hablado de unos espías de los reinos vecinos y su ejército había marchado fuera de la ciudad, pero ahora dos criaturas extrañas, caballos alados, habían recogido a unos jovencitos de la torre del palacio y abandonaban la ciudad.

—Elán, Elis, ¡qué alegría volver a verlos! —exclamó Kalya.

—Permítanme presentarles a Gósel —dijo el Señor de los pegasos—. Él es el hijo del guardián de la torre de las cuatro puertas.

—Es un honor conocerlos. A pesar de la forma tan accidentada como llegaron a mi mundo, déjenme darles la bienvenida —los saludó el muchacho.

—¡Gracias! Es un gusto conocerte —se apresuró en decir Kalya.

—¿Tú sabes por qué fuimos a caer acá? —preguntó Kes.

—No estoy seguro, pero creo que tiene que ver con la desaparición de mi padre. Estoy complacido de que hayamos podido sacarlos de Erbos, pero ahora es él quien me preocupa. Aún no ha regresado de otro reino, al que entró hace dos días. Es una tierra oscura y peligrosa.

—No te preocupes. Veremos la forma de salvarlo —aseveró Elán—. Una vez que estemos en la torre encontraremos juntos la manera.

—Agradezco tus palabras. Con su ayuda será más fácil —se animó Gósel.

VII. LA TOMA DE LA TORRE

Yali corrió donde su madre, emocionada y contenta.

—¡Mamá! ¡Mamá! Papá ha regresado.

La mujer apuntó el catalejo en la dirección de la puerta que conducía al reino de las sombras.

Efectivamente, Molen estaba parado junto a ella. Se mantenía inmóvil, observando la torre.

—¿Qué esperamos? Vamos por él.

—Un momento, Yali. Algo no está bien.

Lyda notó que su esposo no traía la armadura de luz, ni tampoco sostenía la lanza plateada. Incluso Alena se dio cuenta de la evidente preocupación de la mujer.

—Tu padre tiene la llave consigo. De cualquier manera, nosotros no podemos abrir esa puerta.

—¡Vamos a recibirlo! —exclamó la muchacha, activando el elevador.

—¡No, Yali! ¡Espera!

Para entonces, el hombre que estaba frente a la torre había utilizado la llave y acababa de abrir la puerta.

Cuando Yali alcanzó el salón familiar, pudo escuchar la voz de su padre: —Hija, necesito que me envíes el elevador.

—Papá, ¿acaso has olvidado cómo llamarlo?

—Estoy muy mareado, hija. Confundido. Apenas pude escapar de mis captores. He sido gravemente herido.

Lyda había escuchado todo desde el salón de observación, y con un grito le advirtió a Yali: —¡No recites el mantra! ¡Él no es tu padre!

—Con la preocupación de saber que su padre estaba herido, y con la emoción de volver a verlo, la jovencita pareció no escuchar las palabras de su madre y pronunció en voz alta las palabras secretas.

—¡Yali, rápido! ¡Cierra la trampilla! —Lyda esperaba que la gruesa puerta de madera que cubría el foso del elevador evitara que el intruso las alcanzara.

Alena, también impotente, solo atinó a preguntar: —¿Qué podemos hacer?

De entre las sombras que limitaban con la angosta franja de tierra frente a la torre, cientos de guerreros oscuros aparecieron. Ya no era necesario el disfraz, y el rey de las sombras abandonó la apariencia de Molen.

—Ya estamos por llegar —exclamó Gósel, que apenas podía esperar para abrazar a su madre y hermana.

Los pegazos descendieron hasta un lugar que el muchacho les indicó. Este se apeó, y sacando la llave verde de su bolsillo, invocó a la puerta mágica. Para su sorpresa, nada ocurrió.

—No lo entiendo. La puerta no aparece.

—¿Crees que esto también tenga que ver con todo lo que viene ocurriendo tras la desaparición de tu padre? —preguntó Elán.

—No lo sé. Aunque yo no sea el guardián llevo su sangre, y estoy autorizado a usar la llave.

—¡Miren! ¡Allá arriba! —gritó Elis.

Utilizando su poderosa vista, los pegazos distinguieron la forma de Alena, que volaba con dos personas sobre su lomo.

—Sin duda se trata de nuestra hermana. Tu madre y hermana deben estar con ella —dijo Elán.

—¡Están bajo ataque! —gritó Gósel—. La puerta negra ha sido abierta, pero no por mi padre. ¡El rey oscuro ha tomado la torre!

—¿Estás seguro? —preguntó el Señor de los pegazos.

—No hay otra explicación para que hayan echado a volar así. Así como ustedes no podían acercarse demasiado a la torre, ellas tampoco pueden alejarse. La angosta brecha en la que pueden moverse no será suficiente para que estén a salvo si las atacan desde el salón de observación.

—¿Por eso tu llave no funciona? —preguntó el siempre curioso Kes.

—La puerta oscura debe permanecer aún abierta. Es la razón por la que no puedo abrir la puerta verde desde afuera.

—¿Él sí puede abrirla?

—No esta puerta. Pero si ya tiene las otras llaves de mi padre nada le impedirá que abra las que llevan a los reinos de los hielos y las arenas, e inicie una invasión.

—¿Esos reinos tienen cómo defenderse? —preguntó Elán.

—Tienen sus propios ejércitos, y no rehuirán al combate... pero estarán en una gran desventaja.

—Explícate, por favor —exclamó Kes.

—Si el señor oscuro mantiene la puerta de su reino abierta, e ingresa a los otros dos, entonces las sombras más terribles provenientes de su tierra arremeterán contra sus oponentes. Será una lucha muy desigual.

—Tenemos que hacer algo. ¡Cuanto antes! —exclamó Alit, que para entonces ya estaba enterado de lo suficiente como para sentirse plenamente identificado con la dramática situación de Gósel y su familia.

—Kalya, ¿traes tu atronador contigo? —preguntó Elán.

—Sí, pero no funciona en este lugar. Traté de usarlo antes y nada ocurrió.

—Algo me dice que sí funcionará. Vamos, volemos hasta lo más alto una vez más. Debemos intentarlo —dijo el pegaso.

—No sé en qué está pensando Elán, pero confío en él —aseguró Kalya.

Luego de un gran esfuerzo, debido a que ahora cada uno de los pegasos cargaba a dos personas, lograron llegar hasta la altura del salón de observación. Alena volaba en círculos, en la angosta franja que separaba la torre de la barrera invisible que le impedía alejarse. Un ejército de soldados oscuros acababa de vulnerar la improvisada barricada con la que Lyda había tratado de detenerlos.

—¡Rápido, Kalya! Utiliza el atronador, golpéalo con todas tus fuerzas.

Algo escéptica, la muchacha hizo como se le indicó. Para su sorpresa, el objeto mágico sí funcionó muy bien esta vez. Había sido un regalo de los pegasos de Bernia, y por encontrarse en esa tierra extranjera no había funcionado anteriormente. Pero ahora, por estar tan cerca de Elán, el atronador había recuperado toda su magia. La onda de choque produjo una brecha en la poderosa barrera, permitiendo que los pegasos ingresaran.

Alena ya no podía resistir el vuelo con dos jinetes encima suyo, pero por un instante se sintió revitalizada, luego del breve contacto con sus hermanos.

—¡Huyamos por donde vinimos! —gritó Elis, que veía como los soldados oscuros preparaban sus arcos.

—¡No! Si no recuperamos la torre todo estará perdido —gritó Gósel.

En ese momento apareció el rey de las sombras. Traía consigo una espada muy ancha y larga, que esgrimió con energía, apuntándola hacia los pegasos.

—Ustedes no interferirán en mis planes —aseveró, y en ese momento un rayo salió de su arma impactando en Elán. El pegaso fue arrojado hacia atrás, hasta salir por el boquete por el que habían ingresado.

—¡Huyamos! ¡No podemos hacer nada! —gritó Elis.

—¡No debemos abandonar la torre! —se resistía Gósel.

—Si permanecemos más tiempo aquí todos seremos alcanzados por ese rayo —exclamó Kalya, luego de comprobar que el desalmado rey se disponía a usar nuevamente su espada. No les quedó otra alternativa que abandonar el lugar.

—Empiezo a sentirme muy débil —dijo Elán, en cuanto los demás se le acercaron. Ya casi no podía mover las alas, y fue solo gracias a su capacidad de planeo que pudo aterrizar momentos después.

—Padre, tu piel está cambiando de color —exclamó Elis.

—Siento el cuerpo cada vez más rígido. No puedo moverme —el Señor de los pegasos no pudo decir nada más. Para espanto de todos, se había convertido en una estatua de piedra.

Como Gósel temía, el rey de las sombras se disponía a abrir las puertas que llevaban a los dominios de las arenas y los hielos. Manteniendo abierta la de su reino, permitiría que la oscuridad ingresara en las desprevenidas tierras. La invasión había comenzado.

—¡Ahora nada podrá detenernos! Avancen, mis leales súbditos. Las sombras serán una manta que los hará más fuertes ante nuestros enemigos. Arremetan con toda su furia y no tengan piedad.

En la ciudad de hielo muchos miraron más allá de sus blancas murallas, atraídos por lo que acaba de aparecer en el horizonte: la puerta azul se había abierto. De inmediato se escuchó la señal que alertó a todos en el palacio.

—El guardián nos visita —exclamó el anciano rey.

Pronto el aviso inicial se convirtió en uno de alerta, cuando los vigías confirmaron que una terrible sombra empezó a avanzar en dirección a la ciudad. Apenas instantes después emergieron de la torre incontables figuras oscuras, que marcharon amenazantes hacia ellos.

—¡Es una invasión! ¡Todos a las armas! —gritaron desde las almenas.

Pronto cientos de soldados ya habían salido de la ciudad, alineándose en compactas formaciones. Vestían sus armaduras de hielo, que ninguna flecha o espada ordinaria podían penetrar.

Con decisión y valor marcharon a paso rápido hacia el enemigo. Tratarían de que la batalla tuviera lugar lo más lejos de Héлом que fuera posible.

VIII. INVASIÓN A LAS TIERRAS DE HIELO

El ejército pronto estuvo completo, ocupando buena parte de la enorme planicie que se extendía entre la torre y la ciudad de Héлом.

Los capitanes, encargados de controlar los elementos y producir tormentas de hielo y nieve, se ubicaron al frente de sus hombres, montando sus lobos de guerra. Hermosos y fuertes cánidos de color blanco, con el tamaño y fuerza para llevar a un hombre sobre sus lomos con gran agilidad.

Pronto descubrirían que sus enemigos portaban armaduras de sombra, que ocultaban parcialmente sus cuerpos. Además, eran capaces de invocar al miedo en su estado más puro, haciendo que sus adversarios dudaran de mantenerse en sus posiciones.

—General, —dijo un capitán— el enemigo se oculta tras las sombras, pero de cualquier manera los elementos lo encontrarán.

—Muy bien. Invoquemos la primera tormenta —ordenó el líder máximo de aquel ejército—. El viejo rey no ha podido acompañarnos. Está muy enfermo, pero hoy todos lucharemos por él y nuestra amada tierra.

—Señor, nuestros vigías señalan que ya han dejado de emerger soldados enemigos de la torre.

En efecto, el rey de la oscuridad había llevado solo a la mitad de sus fuerzas, guardando el resto para el ataque a la tierra dominada por las arenas. Su ofensiva a ambos reinos sería casi simultánea.

Con más de una puerta abierta empezó a ocurrir lo que el guardián de la torre siempre había temido. La esencia misma de los oscuros dominios penetró en las tierras blancas.

El primer capitán de hielo vio afectado significativamente su poder. La tormenta que invocó no pasó de una ligera ventisca: —¡Algo malo está ocurriendo!

—El enemigo está corrompiendo nuestra tierra. ¡Necesitamos a los gigantes! — exclamó el general.

—Muy bien, señor —otro de los capitanes regresó velozmente a la ciudad, alcanzando una puerta excepcionalmente grande y pesada ubicada en el suelo, en medio de una gran plaza. Con la ayuda de varios hombres corrió el cerrojo y luego sopló su cuerno de guerra largamente.

La respuesta no se hizo esperar. Pronto se empezó a escuchar una serie de gruñidos atronadores. Algo había sido despertado.

De aquel foso profundo empezaron a emerger unos gigantes, semejantes en apariencia a los hombres de ese reino, pero de una altura tres veces mayor. Sus rostros eran feroces y estaban cubiertos por barbas que parecían hechas de escarcha. Al igual que sus hermanos más pequeños, portaban armaduras y espadas de hielo.

Una vez que todos ellos estuvieron reunidos, el capitán les habló con las siguientes palabras: —La hora de luchar ha llegado. Los hemos despertado de su sueño de hibernación para que defiendan el reino.

Los gigantes levantaron sus espadas en señal de obediencia.

—¡Sígueme! —gritó el capitán, que sobre su lobo blanco avanzó a la misma velocidad que ellos, que daban trancos tres a cuatro veces más largos que los de un hombre de tamaño normal.

Para cuando llegaron al campo de batalla, los soldados oscuros ya habían diezmado a la mitad de los hombres de hielo. Incapaces de invocar a los elementos, los capitanes también luchaban cuerpo a cuerpo al lado de sus soldados, resistiendo lo más posible. Sus espadas de hielo tenían fama de ser las más fuertes, pero ahora se habían debilitado por las sombras.

—¡Ahora verán! —exclamó el general, animado por la presencia de los gigantes.

Los soldados negros detuvieron su ataque por un instante, asombrados por el tamaño y la fuerza que proyectaban guerreros tan imponentes. Pero no sintieron miedo. Las huestes del reino de la oscuridad dominaban la perturbación angustiada del ánimo tan común entre las personas comunes y corrientes. Eran incapaces de sentir el miedo tal y como lo conocían los habitantes de los reinos de los bosques, las arenas y los hielos.

—¡Ataquen, gigantes! —ordenó el general, marchando sobre el lomo de su lobo de las nieves, a la cabeza de aquella fuerza extraordinaria.

Los soldados negros los esperaron inmóviles. Incluso algunos parecieron no querer defenderse del aplastante ataque. Muchos perdieron la vida bajo las hojas de hielo, pero ni eso hizo que dejaran el trance en el que habían caído. El general de los hielos trató de imaginar qué macabra estratagema podría ser esa.

El rey oscuro seguía la batalla desde la torre de las cuatro puertas. Con el catalejo mágico de Molen podía observar con todo detalle el avance de sus huestes. Cuando se percató de la presencia de los guerreros gigantes envió una orden a sus hombres a través de la telepatía: debían dejar de atacar a los soldados comunes y concentrarse en el nuevo enemigo.

—«Invadan la mente de los gigantes. Infúndanles el miedo más terrible. Hagan que el espanto los domine» —fue el mensaje que transmitió a su ejército.

Los guerreros del reino de los hielos aprovecharon para acabar con la mayor cantidad de soldados oscuros que pudieron. Muchos casi ni se movieron, por más que recibían el ataque mortal de las todavía peligrosas espadas de hielo.

Una nueva esperanza inundó los corazones de los defensores de las tierras blancas, pero para cuando creyeron que la balanza de la victoria se inclinaba hacia ellos, se percataron de que ahora un nuevo enemigo los amenazaba.

Presas del terror más atroz, los gigantes cayeron al borde la locura, y ahora no distinguían entre amigos y enemigos. Con su fuerza sin comparación, aplastaron y quebraron los cuerpos de muchos hombres de su propio bando.

El general de los hielos no terminaba de creer lo que veían sus ojos.

—¡No puede ser! Estamos siendo masacrados por nuestros gigantes —exclamó consternado—. Capitán, ordene la retirada. Nos defenderemos a las puertas de Héliom.

Un mensajero partió veloz. La ciudad se defendería con su artillería más poderosa.

Desde el cuarto de observación de la estructura más alta que jamás se hubiera construido, el rey oscuro sonreía con perversa satisfacción. Pronto sus fuerzas conquistarían la capital de aquel territorio de hielos perpetuos. Luego las sombras se extenderían al resto del reino.

A escasos metros de la barrera que rodeaba la torre, los valientes que habían escapado a duras penas del ataque de los soldados negros empezaban a recuperar sus fuerzas.

Elis aún permanecía en estado de shock, observando en silencio a su padre, ahora convertido en piedra.

—Debe haber algo que podamos hacer —exclamó Kes, lleno de la energía que lo caracterizaba—. Tenemos que revertir la magia que transformó a Elán en una estatua.

—No sé qué podemos hacer —dijo Gósel—. Ahora es imposible entrar a la torre, y lo que es peor, me temo que dentro de poco recibiremos la visita del ejército de los bosques.

—Entonces debemos convencerlos de que no somos sus enemigos. Juntos encontraremos la manera de entrar a la torre y detener al rey oscuro —intervino Lyda.

—No comparto tu optimismo, mamá. Ni con la fuerza de todo el ejército de los bosques podríamos derribar la puerta verde.

A pocas leguas de ahí, el general Bir, máximo jefe militar del reino del bosque llevaba a sus hombres a través del camino que unía Erbos con la torre de las cuatro puertas.

—¡Dense prisa! Tenemos que llegar antes del anochecer.

Bir traía la trompeta verde consigo, y gracias a una autorización del rey escrita en un pergamino, un pergamino mágico, ahora tenía el poder para usar el instrumento de viento que haría aparecer la puerta.

El rey de los bosques permanecía en la seguridad de su palacio, esperando el resultado de la inédita incursión. El rey oscuro le había asegurado que las puertas no eran del todo invencibles: —«La torre no es inexpugnable, al menos no sin la presencia del guardián».

Había llegado el momento de saber si esas predicciones eran ciertas.

No mucho más tarde, un capitán anunciaba: —Señor, la base de la torre ya es visible.

La torre de las cuatro puertas era tan alta, que era visible desde casi cualquier lugar de los cuatro reinos. Una vez que abandonaron el denso follaje del bosque, por fin pudieron observar la explanada sobre la que se levantaba la más imponente estructura.

—General, los hombres están listos para la construcción de las máquinas de guerra.

—Muy bien. ¡Pónganse a trabajar de inmediato! Solo cuando hayan terminado procederé a soplar la trompeta.

—Les llevará toda la noche.

—Las quiero listas antes del amanecer, capitán.

Kes y los demás habían acampado en el claro que se extendía junto a la torre.

—Alguien debe ir a buscar al ejército de los bosques —dijo Gósel—. Madre, si estás de acuerdo iré yo.

—Es muy peligroso, hijo.

—Sí, pero es lo que mi padre haría en este caso.

—Nuestro amado Molen... tienes razón, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Tú padre debe seguir prisionero en el reino de las sombras y nuestro nuevo amigo sigue petrificado.

—Yo te acompañaré —agregó Kalya.

—Y yo iré con ustedes. Los llevaré sobre mi lomo —intervino Elis—. Desde el aire podremos encontrarlos en menos tiempo.

—Agradezco mucho su ofrecimiento —exclamó Gósel—. Son muy valientes —agregó, sin dejar de mirar los bellos ojos de Kalya.

Kes no pudo ocultar cierta molestia, como si el hecho de que su amiga partiera con Gósel le incomodara.

—¿Estás celoso? —le preguntó Alit en voz baja.

—¡No me grites! —le reclamó Kes, con el rostro sonrojado.

—Sí, lo estás.

—Ya está decidido entonces —dijo Gósel—. Iremos al encuentro de los hombres de los bosques y les haremos saber que el rey oscuro nos ha engañado y ha iniciado la invasión a los tres reinos.

Mientras Kes, Alit, Lyda, Yali y Alena se quedarían a cuidar al petrificado Elán, el valiente y decidido hijo del guardián de la torre intentaría conseguir nuevos aliados. De alguna manera su madre se quedó más tranquila, al saber que iría acompañado de Kalya y Elis.

Lo que quedaba del ejército de los hielos se había replegado completamente. La última defensa tendría lugar a las puertas de la fortificada ciudad de Héliom.

Decenas de fundíbulos se encontraban listos para entrar en acción. Podían disparar su mortal carga a varios cientos de pies por los aires. Los hombres de los hielos habían perfeccionado la técnica que les permitía accionarlos con extraordinaria puntería.

Las fuerzas oscuras se continuaron acercando, pero de pronto se detuvieron, a una distancia desde donde medirían la magnitud del nuevo armamento al que estaban por enfrentarse.

—Parecen no estar muy seguros de seguir adelante —dijo animado un soldado de hielo a su compañero, desde lo alto de una de las torres.

—No nos confiemos demasiado. Recuerda lo que son capaces de hacer. Los gigantes no pudieron con ellos. Incluso algunos terminaron matándose entre sí.

Luego de unos momentos de tensa calma, el ejército de las sombras empezó a moverse nuevamente, en una extraña y peculiar formación.

—General, el enemigo se aproxima —informó un capitán—. Han formado un círculo muy compacto.

—No tiene sentido. Es como si nos estuvieran invitando a destrozarlos con nuestro armamento. ¡Fundíbulos listos!

—Señor, debemos aprovechar este momento. Quizás no tengamos otra oportunidad.

—Hay algo que no me gusta. Nuestro enemigo es astuto. Quizás no conozcan nuestro terreno tan bien como nosotros, pero apostaría lo que sea a que jamás cometerían tamaña torpeza táctica.

—Están cada vez más cerca, general. Debe dar la orden de accionar los fundíbulos.

El experimentado militar, quien había conducido a sus hombres en recordadas victorias contra los nómadas de las estepas orientales, no estaba seguro aún de que debían atacar.

Tomó su catalejo y observó con detenimiento a los soldados negros una vez más. Había algo que lo inquietaba en la extraña ola de muerte que estaba por alcanzarlos.

—Capitán, observe al enemigo. ¿No nota algo inusual?

—¿Algo inusual, señor?

—Es la primera vez que recibimos el ataque de los soldados negros, a quienes solo conocíamos por dibujos y pinturas de nuestros sabios y artistas, pero podría asegurar que los recordaba de un tamaño parecido al nuestro.

—Sigo sin comprender, general.

—Toma un punto de referencia y dime qué tan grandes se ven.

Luego de un momento en el que el capitán observó al enemigo finalmente exclamó:
—¡Señor, son del tamaño de nuestros gigantes!

—¡Son nuestros gigantes! La magia del enemigo los ha disfrazado como soldados negros.

El experimentado ojo del general no había podido ser engañado tan fácilmente por la oscura hechicería.

El rey de las sombras no podía continuar afectando la mente de tantos gigantes. Dicha magia era muy desgastante, en especial a la distancia a la que se encontraba. Decidió cambiar de estrategia. Con el último influjo de terror que había implantado en sus mentes, consiguió hacerlos echar a correr en retirada, hacia Héliom. Con un encantamiento menos demandante, pero a la vez muy efectivo, estaba haciéndolos ver como sus propios soldados negros ante los ojos de los hombres de la ciudad blanca.

El general de hielo no estaba seguro de lo que debía hacer. Existía la posibilidad de que los gigantes disfrazados por la magia, presas del pánico, atacaran la ciudad ni bien traspusieran sus puertas.

—Señor, ¿qué hacemos? —preguntó el capitán, al borde de la desesperación.

—No tenemos alternativa. Disparen los fundíbulos.

Inmediatamente se accionaron los mecanismos que liberaban los enormes y pesados bloques de hielo, capaces de aplastar incluso a los gigantes.

El daño a la primera oleada que ya casi alcanzaba el perímetro exterior de Héliom fue considerable. Al general se le encogía el corazón, al saber que los inocentes gigantes estaban cayendo bajo el ataque de su propia gente. No tenía alternativa.

—Esta es la forma como el rey oscuro nos ataca. Debilita la moral y luego destruye la esperanza. ¡Pero no le será tan fácil derrotarnos!

Cuando ya no quedó más carga para los fundíbulos el general dio una nueva orden: — Todos frente a las puertas de la ciudad. ¡A luchar!

En esta oportunidad sí fueron los soldados negros los que alcanzaron las murallas. Los hombres de Héliom no tardaron en descubrir lo que ya habían experimentado los valientes del primer frente, así como los gigantes. Si miraban a su enemigo directo a los ojos, por tan solo un instante, empezaban a caer bajo su oscuro y aterrador influjo. De esa manera, petrificados de miedo, eran presa fácil de su acero.

A pesar de que por naturaleza los hombres de los hielos se encontraban entre los más valientes de entre todos los reinos alrededor de la torre de las cuatro puertas, casi nada pudieron hacer para evitar caer bajo un enemigo que los atacaba tan artera y cobardemente.

Desde el salón de observación de la torre, el rey oscuro reía por dentro. Complacido por un resultado tan contundente en su primer ataque, ordenó al resto de su ejército invadir el reino de las arenas.

—¡Pronto la ciudad de Ártea también caerá bajo las sombras!

Tras la rendición incondicional de Héliom, la bandera del reino oscuro fue izada en el asta principal. Un destacamento menor quedó a cargo de la ciudad, mientras el resto del ejército inició el regreso hacia la torre de las cuatro puertas.

El viejo y enfermo monarca permanecería como prisionero, dentro de su palacio, mientras que su maniatado general fue llevado ante el rey oscuro.

—Señor, pronto estaremos listos para invadir esos mugrosos desiertos —le informó al rey de las sombras su primer lugarteniente.

—¡Muy bien! Avísenme en cuanto llegue nuestro ilustre prisionero. Ese general de los hielos deseará nunca haber nacido.

IX. LA PRISIÓN DEL GUARDIÁN

Confinado en el rincón más oscuro del reino de las sombras, una fría y asfixiante mazmorra, Molen intentaba mantener su mente enfocada en la manera de escapar.

Sabía que su enemigo ya debía haber conquistado la torre. Su instinto y su corazón así se lo indicaban. Era muy consciente de que su magnífica arma, la lanza plateada, había sido destruida. Su única esperanza ahora se centraba en lograr burlar las cerraduras y recuperar su armadura de luz.

Por una pequeña abertura, que comunicaba con el nivel superior de la lúgubre estructura, creyó observar extrañas sombras que se deslizaban en silencio. En más de una ocasión le pareció escuchar el rechinar de la madera, e incluso sonidos parecidos a una débil respiración justo detrás de él.

—«Debe ser la magia oscura del enemigo, que ataca mi razón» —pensó el guardián. A pesar de encontrarse debilitado por la falta de alimento y agua, Molen no perdía la esperanza de que las fuerzas superiores intervinieran a su favor en ese momento aciago.

—Vaz, he sentido un nuevo llamado.

—¿Un llamado? ¿A qué te refieres, Diruk?

—No estoy seguro, pero se trata de una energía cálida, muy parecida a la que sentí cuando Unir me contactó antes de la partida de Kes y Alit.

—¿Podría ser el Señor de los unicornios nuevamente?

—Creo que no. Esta voz en mi interior es mucho más poderosa. Parece originarse desde una conciencia aún más elevada.

—¿Y qué es lo que te dice? —preguntó Vaz.

—Que el mal está ganando la batalla.

—Los muchachos, ¿te dice algo de ellos?

—No, viejo amigo —respondió Diruk con expresión de duda—. Pero parece advertirme que el momento de participar nuevamente en la lucha por el bien está próximo.

—¿Bernia está en peligro? ¿Ellos siguen ahí?

—Es difícil interpretar el mensaje. Por momentos la voz me abruma.

—¿Cómo podríamos intervenir? Ahora somos hombres comunes y corrientes —exclamó Vaz.

—No lo sé. Pero, así como Kes y Alit abandonaron Terralán para pelear en una tierra lejana y desconocida, tal vez nuestras vidas aún tengan un propósito superior.

Los grandes amigos se miraron en silencio un momento. Sintieron en su pecho algo que no pudieron explicar, como un fuego de justicia y esperanza que empezaba a arder en todo su interior.

—¡Debo concentrarme más! —exclamó Molen, canalizando toda su energía en otorgarle a sus brazos la fuerza que necesitaban para escapar. Por tercera vez, intentó separar los barrotes que lo mantenía encerrado en las profundidades de la oscura mazmorra.

Las imágenes de su esposa y de sus hijos en grave peligro lo obligaban a seguir intentándolo con cada fibra de su ser. Aunque su familia hubiera logrado escapar al odio del rey de las sombras, el guardián sabía que pronto no habría lugar en los cuatro reinos donde esconderse.

Completamente agotado, comprobó que la separación entre los barrotes no era todavía la suficiente como para dejar pasar su corpulenta figura. Se sentó en el suelo, apoyando su espalda contra la pared de piedra, y respiró profundamente varias veces.

—«Tengo que salir de acá. Necesito que alguien me ayude» —pensó al borde de la desesperación.

Repentinamente apareció frente a él una forma difusa, etérea, que emitía una luz azul y blanca. Tan cansado como estaba, Molen tardó un momento en notar su presencia. La

extraña aparición se acercó a él, no emitía sonido alguno y flotaba delicadamente. Se detuvo cerca de su rostro.

—¿Qué es esto? —se preguntó, aún confundido—. Mis fuerzas parecen haber regresado.

La forma luminosa se hizo más precisa y Molen observó dos figuras que no llegó a identificar, pero que le transmitieron un profundo sentimiento de calma. Se sintió invadido por la esperanza.

—Parecen caballos... pero son otra cosa —exclamó.

En la forma de dos de los espíritus más poderosos de Terralán y Bernia, las fuerzas superiores le estaban otorgando un regalo maravilloso para luchar contra el mal.

Confiado, Molen se acercó a la reja una vez más. Asió los barrotes con firmeza, y sin ninguna dificultad pudo separarlos, hasta crear un espacio lo suficientemente grande como para escapar.

X. MUERTE ENTRE LAS DUNAS

Las arenas descansaban calmas y brillantes, desde el borde exterior hasta las afueras de Ártea. En la ciudad más importante del reino nadie imaginaba lo que estaba a punto de suceder.

Un comerciante, al mando de una caravana de camellos, estaba por anunciarse en el puesto exterior de control, a un par de leguas de la ciudad, cuando algo llamó poderosamente su atención.

Una luz muy brillante, que rivalizó con el sol empezó a tomar una forma muy peculiar.

—¡No puede ser! La puerta amarilla ha aparecido, y el rey no ha llamado al guardián de la torre —exclamó en voz alta.

Su esposa, también a cargo de la caravana, agregó: —He tenido un sueño anoche, uno que no auguraba nada bueno para nuestra gente. La aparición de esa puerta es el comienzo del fin.

Un viento proveniente del lugar donde ahora se veía claramente la puerta mágica empezó a soplar con más y más fuerza hacia el Este, llegando incluso hasta las murallas de Ártea.

El guarda encargado del puesto de control se vio obligado a despachar un halcón mensajero con un aviso de alarma. En poco tiempo el ejército principal estaría reunido en la plaza mayor.

Lo que los mercaderes y el vigía vieron a continuación los dejaría enmudecidos: un ejército empezó a surgir de la puerta, uno que avanzaba muy compacto, y a paso firme, dominando en poco tiempo buena parte de la irregular explanada rodeada por dunas de diferentes tamaños y formas. Las sombras habían empezado a desafiar al reino de las arenas.

Desde la seguridad de la torre, y a través de su magia, el ser más retorcido y maligno dio una inusual orden a su general: —Coloquen algunas decenas de prisioneros en la primera fila. Átenlos a los arietes.

—¿Su majestad?

—Los usaremos como advertencia de lo que le pasará a todo aquel que se nos oponga.

El general del desaparecido ejército de los hielos, aún maniatado a un costado del rey oscuro, gritó con rabia e impotencia: —¡Mis hombres no resistirán el intenso calor del desierto! ¡Muchos morirán de insolación antes de siquiera llegar al campo de batalla!

—Cuento con ello. Al final, se convertirán en un ariete de cadáveres. Los hombres de las arenas entenderán rápidamente el mensaje.

A diferencia del rey de los hielos, el soberano de las arenas estaba sano y era joven. Él comandaría a sus ejércitos.

—General, envíe a todos los maestros sopladores a la vanguardia. El consejero ya nos advirtió de la magnitud de esta invasión.

En efecto, el hombre más sabio del reino utilizó sus artes mágicas para ver más allá de lo evidente. No pudo conocer todo el plan que se había trazado el rey oscuro, pero sí pudo ver que el ejército de soldados negros no se detendría ante nada y no tendría compasión de los caídos. No se tomarían prisioneros.

—¡Pronto conocerán el poder de los sopladores! —exclamó el general, dándole ánimos a sus hombres, que para entonces ya habían formado a las puertas de Ártea.

—También usaremos los espejismos —indicó el rey.

—¿Su majestad? Con los sopladores y la infantería será suficiente.

—El enemigo es más poderoso de lo que imaginas. Tenemos noticias de que ya conquistaron los hielos y Hélom cayó bajo su espada. Los espejismos permitirán aumentar nuestras posibilidades de ganar esta batalla.

—Como ordene, Su Majestad. ¡Maestros de la ilusión a las almenas!

Se trataba de guerreros de las arenas que habían dominado el arte de crear espejismos, ilusiones que podían confundir al ojo más entrenado y la vista más aguda.

Buena parte del día había transcurrido, y el ejército negro se encontraba todavía a una considerable distancia de Ártea, cuando el general oscuro preguntó a uno de sus capitanes:

—¿Por qué avanzamos hacia el sureste?

—Señor, es la dirección en la que debemos marchar.

—¿Qué tonterías son esas! La ciudad se encuentra hacia el noreste, directamente detrás de esas dunas.

—Pero señor, nuestros exploradores nos confirman que está en esa dirección.

El general del ejército negro apenas podía soportar el ardiente sol del desierto. Protegido dentro de su litera, había tardado en notar el cambio en el rumbo de sus fuerzas.

—¡Hemos perdido un tiempo muy valioso por culpa de tu estupidez! ¿No te das cuenta de que tus exploradores han sido presa de un espejismo?

El general atravesó el pecho de su capitán, quitándole la vida en ese instante y ahí mismo, demostrando que no tenía la menor compasión. Como primer lugarteniente del rey oscuro, poseía cierto poder de clarividencia, lo que le permitió descubrir el engaño en el que cayeron sus hombres. El ejército negro había probado una dosis de su propia medicina. Con ese avance en la dirección equivocada habían perdido mucho tiempo, y ahora se encontraban más cansados de lo esperado.

—El rey no estará complacido con esta equivocación. Debemos acelerar la marcha —ordenó el general.

—Señor, ¿qué hacemos con los prisioneros? —preguntó nervioso un segundo capitán.

—Los hombres de hielo serán amarrados a los arietes en cuanto divisemos las murallas de Ártea. Por ahora seguirán avanzando a la vanguardia. Denles de beber.

—¿Acaso se le ha ablandado el corazón? —preguntó socarronamente el capitán.

—¡No seas estúpido! Si mueren ahora no servirán para nuestro propósito. Tienen que estar vivos al momento de ser usados como arietes humanos.

Todavía a una considerable distancia, el ejército de las arenas esperaba listo. El enfrentamiento era inminente.

—Su majestad, se nos acaba de informar que el enemigo ya corrigió su rumbo. Se dirigen directamente hacia acá.

—Se llevarán una gran sorpresa —exclamó el rey—. Es sabido que nuestros maestros sopladores son mucho más poderosos que sus pares de los hielos. No podrán resistir la embestida de nuestras tormentas de arena.

Era el único soberano que había ingresado a la torre de las cuatro puertas en tiempos recientes. Poco después de su coronación solicitó a Molen que lo dejara visitar el reino de los hielos. Se trataba de un gobernante justo, que desde el comienzo de su reinado buscó acercarse a los habitantes de los otros territorios.

Llegó a conocer bien la fuerza del ejército de los hielos, y por eso, a pesar de saber que el enemigo era poderoso, se sintió en la confianza de contar con uno que podría salir victorioso de la dura batalla que se avecinaba.

—Ordene a los maestros sopladores que esperen en las torres. Yo marcharé con la infantería —ordenó a su general.

—Su Majestad, no es buena idea que participe de la primera ofensiva.

—Mi destino será el mismo que el de ellos... ¡A la guerra!

—¡Eres un cobarde! Te escudas en esta torre en vez de luchar junto a tus hombres.

—¡Silencio, rata de las nieves! —gritó el rey oscuro—. No te he dado permiso de hablar. ¡Córtenle la lengua!

El general de los hielos no pudo pronunciar ninguna otra palabra. Tuvo que usar lo que le quedaba de energía para cauterizar con el frío la terrible herida que le infringiera uno de los lacayos de las sombras. Debilitado, apenas se podía sostener en pie.

—Ahora escucharás en silencio. Mi victoria sobre Ártea y el reino de los bosques es inminente.

El ejército de las sombras finalmente era visible desde la ciudad. El calor los había afectado significativamente, pero cual marionetas manejadas por los hilos de un titiritero, siguieron avanzando, sin desmayo. Magnificado por la torre, el poder de su rey oscuro los había hecho recuperar parte de su energía.

—General, los maestros sopladores deben atacar en cuanto los soldados negros estén a un cuarto de legua —indicó el rey de las arenas.

—¡Sí, su majestad!

—Deben haber alcanzado a dominar una magia muy poderosa si creen que podrán derrotarnos —el soberano trató de darse ánimos con sus propias palabras. Era totalmente consciente de que si el rey oscuro los estaba invadiendo era porque había logrado vulnerar la torre de las cuatro puertas.

Los invasores continuaron avanzando. Todavía no estaban a distancia de flecha, pero el inicio de la batalla ya no podía esperar. Desde las dos torres principales, ubicadas en el frente de la ciudad, los maestros levantaron sus brazos e invocaron el poder de los espíritus del desierto.

En apenas un instante, una mortal combinación de viento y arena empezó a soplar en dirección al enemigo.

Los soldados negros de la vanguardia recibieron toda la furia abrasiva de la arena propulsada a esa increíble velocidad. A pesar de su gran poder, al rey oscuro le costaba mucho trabajo mantener a sus guerreros como seres carentes de voluntad. Algunos parecieron abandonar parcialmente el trance y empezaron a dar gritos de dolor, luego de que la piel de sus cuerpos empezara a ser arrancada. Sus ropas ya habían desaparecido, tras el primer contacto con los veloces granos de arena. La magia oscura los obligaba a continuar avanzando, pero no los estaba protegiendo del sufrimiento físico esta vez.

El general del ejército negro había prescindido de los prisioneros del reino de los hielos. Habían caído presa del calor hacía mucho y sus cuerpos fueron abandonados en medio de las dunas. Ya no serían usados como arietes humanos después de todo.

En la torre de las cuatro puertas, varios súbditos del rey oscuro pagarían injustamente con sus vidas por aquel resultado. El general del hielo encontró algún consuelo. Sus hombres ya no sufrirían más.

El usurpador de la torre sabía que los maestros sopladores no podrían mantener su accionar por mucho tiempo. Decidió entonces usar una nueva y macabra estrategia. Empleando un nuevo conjuro, les dio momentáneamente vida a sus guerreros caídos. Aquellos cadáveres, a los que les faltaba mucha de la piel de sus cuerpos, sirvieron de escudo a las siguientes filas de soldados negros, que así pudieron seguir avanzando sin recibir mayor daño.

—¡Qué demoníaco poder es este? Los muertos marchan delante de los vivos — exclamó el soberano de las arenas.

De esa manera tan siniestra, el ejército invasor se ubicó a pocos cientos de pasos de las murallas de Ártea. Tal y como el rey oscuro lo había previsto, los maestros sopladores no pudieron continuar más tiempo con su ataque.

—General, ¡que los hombres preparen sus espadas! —ordenó el rey de las arenas.

—Su majestad, muchos son presas del pánico. Nunca imaginaron que lucharían contra los cuerpos reanimados de soldados muertos.

—Vivos o muertos, nuestros enemigos no pueden transponer esas murallas.

Viendo la férrea determinación de su rey, el general arengó a sus hombres: —¡Hoy, nadie dará un paso atrás! Ganaremos la batalla y expulsaremos al invasor, o moriremos frente a nuestra amada ciudad. ¡Espadas y sangre!

—¡Espadas y sangre! —gritaron muchos cientos casi al unísono.

Los soldados negros habían desenvainado sus espadas, y ya casi estaban encima de la primera fila de defensores de Ártea.

El choque fue terrible. Los invasores eran impelidos desde la torre de las cuatro puertas por una fuerza siniestra, mientras que los guerreros de las arenas combatían defendiendo lo que más amaban: sus familias y su tierra.

Una vez más, la magia oscura impulsó a los agresores a un ataque casi desprovisto de toda conciencia. Muchos fueron atravesados por las hojas de acero de sus oponentes, pero ello no parecía importarles demasiado. Solo los que morían dejaban de luchar.

El rey de las arenas no tardó en comprender la terrible realidad. Sus hombres estaban cayendo derrotados por un ejército que por momentos parecía insensible al dolor, o incluso a la muerte. Fue testigo de la forma sobrenatural como sus enemigos no se detenían ante nada. Uno de los soldados negros, a quien casi degollara con su espada, lo tomó desprevenido, y lo hirió gravemente en el pecho, cerca del corazón.

—General, ordene la retirada. Nos escudaremos tras las murallas —exclamó el rey, ensangrentado y con la respiración entrecortada.

Dos valientes soldados lo ayudaron a regresar a la relativa seguridad de la ciudad. Con los sobrevivientes de la batalla todavía dominados por el ímpetu de la lucha, las pesadas puertas de Ártea otorgaron una breve tregua a sus agotados cuerpos.

El rey oscuro ordenó emplear los arietes, pesados troncos de árboles negros, tallados con horrendas figuras de bestias y hombres deformados, que terminaban en sólidas piezas de hierro. Las enormes puertas eran fuertes, pero la cantidad de invasores, y la vehemencia con la que cargaban y empujaban las pesadas vigas ya las empezaban a destrozar. Los goznes estaban cediendo.

—Su majestad, están a punto de ingresar —alertó a su rey un desmoralizado general.

—Reúnan toda la fuerza que les quede. No moriremos sin entregar hasta nuestro último aliento.

No era valor lo que le faltaba al soldado que lucharía hasta entregar su vida, pero ante un enemigo que parecía no sentir dolor o temor alguno creyó ver el fin de su amada ciudad.

Las puertas finalmente cayeron, y dejaron correr una imparable ola de muerte y destrucción. A diferencia de Hélom, donde la mayoría de los súbditos del reino de los hielos pudieron salvar sus vidas tras rendirse, los habitantes de Ártea sufrirían todo el odio del rey oscuro: los soldados negros ni siquiera perdonaron la vida de mujeres o niños.

Al rey de las arenas sí se le perdonó la vida. Sería un valioso prisionero de la oscuridad.

—Debemos acercarnos con cuidado —dijo Gósel, quien iba detrás de Kalya, sobre el lomo de Elis.

El ágil y rápido pegaso había volado silenciosamente, al amparo de la noche, hasta un pequeño claro cercano al campamento del ejército de los bosques.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Kalya, que no logró ver claramente desde el aire los movimientos de los soldados.

—Están construyendo máquinas de guerra. Con ellas intentarán derribar la puerta verde.

—Pero, la torre es impenetrable, ¿no es así, Gósel?

—El rey oscuro la controla ahora. Debe haber abierto más de una puerta. Es posible que la que siempre creímos sería la estructura más inexpugnable jamás creada ahora se haya debilitado seriamente.

—¿Cómo nos acercaremos sin ser atravesados por una flecha? —preguntó Kalya—. Deben haber dispuesto arqueros en todo el perímetro.

—Tengo un truco —exclamó Gósel, tras sonreírle a su nueva amiga.

El hijo del guardián de la torre de las cuatro puertas sabía que los habitantes del reino de los bosques veneraban al búho, animal que representaba para ellos sabiduría y justicia. Gósel tenía una gran habilidad para imitar a las aves, y ahora tendría la oportunidad de ponerla a prueba.

Kalya no pudo dejar de reír ante la iniciativa de su compañero, pero luego se mantuvo callada y muy atenta, tras escuchar la magnífica imitación. Junto a Elis, ambos permanecían bien escondidos tras los arbustos.

No pasó mucho tiempo para que dos soldados, encargados de vigilar aquella parte del bosque, se acercaran a investigar el origen de aquel ulular.

—El sonido proviene de por aquí —dijo uno.

—No logro ver nada —contestó el otro—. ¿Estás seguro de que era un búho?

—¡Por supuesto! ¿Qué más podría ser?

La idea de encontrar a una de las veneradas aves justo antes de la batalla los llenó de ánimo. Parecía una promisoría señal divina.

Fue así, que con la guardia baja, y sintiendo una especial tranquilidad, ambos soldados vieron aparecer ante sus ojos a una magnífica criatura. Flanqueándola, dos jovencitos con los brazos extendidos, mostrando las manos abiertas en señal de paz.

—No somos sus enemigos —dijo Gósel—. Queremos hablar con su general —agregó con voz clara y pausada.

La primera reacción de los soldados fue levantar sus arcos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno.

—Mi nombre es Gósel, y ella es Kalya. Nos acompaña Elis, el hijo del Señor de los pegasos.

—Seguro estaban por tendernos una trampa —exclamó el segundo soldado.

—No, ha sido otro el que nos ha tendido una trampa a todos. Los tres reinos están en peligro —exclamó Gósel.

—¿A qué te refieres?

—El rey de las sombras ha tomado la torre de las cuatro puertas, y es seguro que tiene prisionero a mi padre, el guardián.

—¡Ustedes son espías! Nuestro rey nos advirtió de sus planes de conquistarnos. También nos dijo sobre sus nuevos aliados con alas.

—Mi padre ha caído víctima del poder del rey oscuro —intervino Elis, para sorpresa de aquellos hombres. La criatura alada que tanto los asombraba a la vista tenía una voz que calaba hondo.

—¿Cómo podemos creerles? —preguntó el primer soldado, que parecía más sensato que su compañero.

—Acompáñenos. Les mostraremos lo que esa magia oscura le hizo al Señor de los pegasos —exclamó Kalya—. Pueden tomar nuestras armas si así lo desean.

—Muy bien, les daremos una oportunidad —dijo el hombre del bosque.

Gósel les indicó el camino: —Vengan, es por aquí.

En Erbos, el rey de los bosques era víctima de un terrible tormento.

—¡Debe luchar, su majestad! —lo alentaba su consejero. Enfocado en atacar Héлом y Ártea, el rey oscuro había descuidado el influjo que ejerciera sobre su mente.

—No puedo. ¡Es demasiado fuerte! Su voz retumba en mi cabeza y me obliga a obedecerlo.

—Usted es el rey. ¡No puede claudicar! Tome otro sorbo de este preparado mágico, lo ayudará a liberarse de ese demoníaco yugo mental.

Tras un nuevo intento, en el que el monarca tuvo que ponerse de rodillas, acosado por un terrible dolor que le quebraba el cuerpo, finalmente pudo gritar: —¡Fuera de mí! Ya no eres más mi dueño.

El consejero se acercó y lo ayudó a incorporarse.

—Ahora lo veo. El plan del rey oscuro. Aquellos a quienes acusé de espías son nuestros amigos.

—Su majestad —ingresó un mensajero—, traigo noticias del frente.

La carta traída velozmente por un halcón le permitió al rey conocer la condición de Elán, petrificado junto a la torre.

—Preparen mi caballo. ¡Marcharé a la guerra!

En lo alto de la torre, el rey oscuro pudo sentir cómo su antiguo títere se había liberado de su control mental.

—He perdido a un sirviente, pero no importa. Los reinos de las arenas y los hielos ya cayeron bajo mi inmenso poder.

—Su majestad, ¿qué haremos ahora?

—El ejército del bosque espera junto a la puerta verde, no arriesgaré a mis fuerzas en un ataque en el que tenemos tan importante desventaja táctica.

—¿Qué ordena entonces?

—Abandonaremos la torre. Ha llegado el momento de destruirla.

—¿Cómo podremos llevar a cabo tan titánica labor, su majestad?

—¡Es tiempo de usar el libro!

En el centro del salón de las cuatro puertas, dentro de un cubo de cristal que hubiera sido indestructible con la cercana presencia de Molen, se encontraban los registros de la torre. En ese legendario libro estaba escrita la historia de los cuatro reinos. Se trataba de un manuscrito muy antiguo, del que se decía tenía un poder incluso mayor al de la torre. Su magia era lo que mantenía en pie la estructura que desafiaba a las nubes.

Una vez en sus manos, el rey oscuro lo miró con desprecio y luego ordenó a su lugarteniente: —Haz llamar a nuestros ejércitos en los reinos del hielo y las arenas. Que esperen junto a las puertas azul y amarilla.

Luego el maligno soberano abrió la puerta negra y se alejó de la torre, acompañado de medio centenar de soldados.

—¿Qué hará con el libro? —preguntó su lugarteniente.

—Lo destruiré. Tú, acércate —ordenó a uno de sus súbditos.

Cuando el pobre infeliz intentó arrancar una de las páginas cayó fulminado por un rayo de luz blanca. Pasó un momento y nadie siquiera se acercó al cuerpo tendido en el suelo.

—Ya he dado una orden —reclamó el rey oscuro.

Otro intentó usar su daga para cortar las páginas, sufriendo el mismo mortal destino. El libro no podía ser destruido.

En silencio, el soberano meditó un momento, tratando de recordar todo lo que sabía sobre el legendario objeto.

Finalmente creyó saber qué hacer: —Tráiganme pluma y tinta.

Pasó las páginas del libro, hasta que llegó a una que estaba totalmente en blanco. Mojó la punta de la pluma en la tinta y luego de esbozar una mueca retorcida, empezó a escribir: —«Los cimientos de la magnífica torre de las cuatro puertas empezaron a debilitarse».

En ese momento, todavía con la puerta negra abierta, el rey oscuro y sus súbditos escucharon la piedra rajándose y la madera rompiéndose.

Luego continuó: —«Un fuerte viento, constante y creciente la golpeó sin cesar en su extremo superior, más arriba de la plataforma de observación».

Tal cual acababa de ser escrito, una sobrenatural corriente de aire empezó a castigar la punta de la torre. Los cimientos debilitados y la enorme fuerza de palanca ejercida por los vientos producidos a esa increíble altura estaban venciendo la integridad de la estructura.

XI. LA CAÍDA DE LA TORRE

El ejército de los bosques, ahora dirigido por su rey, se había ubicado cerca al lugar donde Elán aún permanecía petrificado.

Libre del hechizo, el monarca tuvo oportunidad de hablar con Kes, Gósel y los demás. No había tiempo que perder.

Entonces la trompeta verde fue soplada, y la puerta apareció ante sus ojos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Kes.

—Cargaremos contra la puerta —respondió el rey.

—La torre se ha debilitado severamente desde la ausencia de mi padre —exclamó Gósel—. Creo que tenemos una oportunidad de vencerla.

—Debemos apurarnos —dijo el otrora títere del rey oscuro—. Me temo que nuestro enemigo está cerca de alcanzar su objetivo. Los reinos de los hielos y las arenas han caído bajo su poder. Pero ahora es mucho peor: una gran oscuridad se hará presente en todas partes, tomando más fuerza. En poco tiempo se volverá invencible, total.

Las catapultas del ejército de los bosques se encontraban dispuestas a atacar. Soltarían su pesada carga en un intento por vencer a la puerta verde.

De pronto ocurrió lo impensable. Para sorpresa de todos, la torre empezó a bambolearse, más y más rápido cada vez, hasta que sus cimientos terminaron por ceder. La estructura se quebró en más de un lugar, produciendo la caída de gigantescos bloques de piedra desde una altura colosal.

Todos tuvieron que taparse los oídos, cuando las enormes rocas impactaron contra el suelo, pulverizándose en pedazos mucho más pequeños.

Un fuerte viento corrió de Sur a Norte y de Este a Oeste. Con la torre derrumbada el paisaje empezó a cambiar de manera sorprendente. Muchos tardaron en interpretar lo que sus ojos les mostraban: ahora los cuatro reinos eran uno.

A una distancia difícil de calcular, Kes y los demás observaron dos ejércitos, que marchaban uno al encuentro del otro. Se trataba de los soldados negros que habían esperado junto a las puertas de los reinos de los hielos y las arenas. Ahora avanzaban para reunirse con su amo.

Entonces Kes sintió algo extraordinario. Una conciencia que no conocía, pero que se identificaba como justa y bienhechora.

En el rincón más oscuro del reino de las sombras, Molen experimentó una ansiedad atroz que pareció encoger su corazón.

Sin poder precisar qué había ocurrido, intuyó que tenía que ver con la torre. Pudo sentir que la naturaleza misma de los cuatro reinos había sido dañada. Pero entonces sintió algo más, aquella repentina energía que lo hizo levantarse y contar con la fuerza necesaria para vencer los barrotes que lo aprisionaban.

Guiado por esa misma fuerza inexplicable pudo derrotar, sin portar arma alguna, a decenas de enemigos que custodiaban el castillo del rey oscuro. Haciendo uso de su avanzado dominio de las técnicas de la lucha cuerpo a cuerpo, Molen pudo avanzar a través de cada habitación de la amenazante y traicionera estructura, hasta que alcanzó el salón principal.

En el centro de la fría habitación, rodeada por cuatro gigantes guardias, encontró su armadura de luz, que brillaba con toda la luminosidad de la que era capaz. Los encargados de custodiarla lo observaron con ferocidad, llenos de odio, y lo invitaron a enfrentarlos.

El guardián de la torre de las cuatro puertas no dudó en avanzar hacia ellos, comprobando en cuanto estuvo a unos pasos que lo doblaban en estatura. Sin embargo, la fuerza sobrehumana que había adquirido desde que escapara de la mazmorra se haría presente una vez más. Una agilidad imposible de comprender para sus oponentes también lo acompañó durante el combate.

Con sus lentos movimientos, los gigantes no podían alcanzarlo, y cuando Molen los golpeaba les infligía un daño que nunca hubieran imaginado recibir de un ser tan pequeño.

Finalmente, los cuatro fueron derrotados, terminando inconscientes sobre el suelo. Sin demorar un instante más, el guardián vistió su armadura de luz, sintiendo de inmediato su extraordinario poder en cada fibra de su ser.

Para su sorpresa, la lanza plateada lo esperaba junto a la puerta del salón. Flotando en el aire, resplandecía como nunca.

La tomó con su mano derecha, y en ese preciso instante un disco de luz apareció sobre su cabeza.

—¡Estoy listo! —gritó con el ánimo encendido.

XII. EL RENACER DEL AURE

—¿Qué ocurre, Kes?

—No lo sé, me siento extraño. Pero creo que tiene que ver con esas nubes que empiezan a girar sobre nosotros.

Alit se preocupó por su amigo: —¿Crees que sea la magia del rey oscuro? Su poder ha crecido enormemente. Tal vez ya sepa que alguna vez fuiste un aure y crea que eres una amenaza para él.

—¡Tienes razón, los aures! Puedo sentirlos.

—¿De qué estás hablando? No te entiendo.

—Las nubes. ¡Están formando un portal!

En ese momento el extraño fenómeno tomó la forma de un cono invertido, el viento cesó y un silencio sobrenatural inundó la tierra en sus cuatro direcciones.

Una luz brillante apareció entonces en otro punto del cielo. La silueta de un hombre alto y fuerte se fue haciendo más nítida, más precisa. No tardó en revelar su verdadera naturaleza.

Se trataba de Molen, quien portaba su armadura y su lanza. El guardián de la torre de las cuatro puertas descendió suavemente, hasta que sus pies descansaron sobre el suelo, a escasos pies de su familia, que lo observaba enmudecida y llena de emoción.

—¿Cómo es posible? Te dábamos por muerto —exclamó Lyda.

Gósel y Yali corrieron a abrazarlo. Lágrimas de alegría no dejaban de bañar sus rostros.

—Estoy tan feliz de verlos nuevamente —exclamó el guardián—. La hora de la batalla final ha llegado.

—¿Quién...? ¿Qué magia te ha traído con nosotros? —preguntó su hijo.

—Una tan fuerte como la que creó la torre. Una que está a punto de traer a nuestro mundo nuevos y poderosos aliados.

—¿Quiénes, padre? —preguntó Yali.

—Yo sé quiénes —exclamó Kes, que para entonces empezó a levitar. Una luz azul, hermosa, rodeaba su cuerpo.

Alit no podía creer lo que veía: —Acaso has vuelto a...

Kes solo sonrió, y levantando la mirada al cielo invitó a todos a recibir a los que estaban a punto de arribar.

El cono de nubes y luz se extendió hacia la tierra, hasta casi tocarla, y de su interior empezaron a aparecer las siluetas de varios hombres y mujeres. Estaban envueltas en una luz brillante, que tardó un poco en amenguar.

La primera de esas figuras se acercó a Kes, que para entonces había dejado de levitar. Detrás de él esperaban los pegasos, Kalya, Molen y su familia, todos rodeando el cuerpo petrificado de Elán.

—¡Diruk! No puede ser. ¡Eres tú! —gritó Alit, que no tardó en reconocer a su amigo.

—Hola, valientes amigos. ¿Necesitan ayuda?

Detrás de Diruk venían los otros diez aures: Vaz, Mía, Gaslan, Nerus, Dulak, Nuryl, Zanys, Hove, Nutas y Elkos.

Elkos tomó entonces la palabra. Quien fuera alguna vez el aure más sabio, el más respetado de la ciudad dorada de Ukaris dijo con gran firmeza: —Las fuerzas superiores nos han otorgado nuevamente nuestros poderes. Los aures de Terralán han sido llamados para luchar junto al guardián de la torre de las cuatro puertas.

—Y no solo eso —agregó Diruk—. El Señor de los unicornios también vendrá en esta hora aciaga. Unir y sus hermanos están por llegar.

A la distancia, el ejército del rey oscuro se detuvo por orden de su amo.

—¿Qué ocurre, mi señor?

—Nuestros enemigos están recibiendo ayuda de las fuerzas superiores.

—¿A qué fuerzas se refiere, su majestad?

—¡Ignorante! Las fuerzas que han creado este mundo, y muchos otros, más allá del día y de la noche. A las que tuve que desafiar para obtener el poder que me convirtió en mucho más que un simple rey de las sombras, el ser más poderoso del que se tenga memoria.

El fiel soldado parecía no entender sus palabras.

—Esas fuerzas han decidido obrar ahora en contra mía. Pues ya es muy tarde. Mi poder ha crecido en una magnitud que no hubiera imaginado. Ahora conquistaré este mundo, y luego absorberé la magia de nuestros enemigos para alcanzar tierras más allá del horizonte. ¡Destruiré a todos, en todas partes!

Kes y Diruk presentaron a los aures a Molen y a su familia, a los pegasos y a Kalya.

La hermosa joven estaba asombrada del poder que ahora proyectaba Kes. Cada uno de los demás aures podía invocar nuevamente la magia que alguna vez tuvo.

—¿Pueden ayudar a mi padre? —preguntó Elis. Él y Alena flanqueaban el cuerpo petrificado de Elán.

—Kes es el más poderoso de entre nosotros. Pero será otro ser el que regrese a tu padre a la normalidad —explicó Diruk.

En ese momento la tierra empezó a temblar. El cono de nubes y luz, que desapareciera tras la llegada de los aures había vuelto a hacerse presente. Tocó el suelo y entonces empezó a crecer, abriendo una enorme boca por la que aparecieron veloces criaturas.

Tal cual lo anunciara Diruk, Unir y su mágica raza se unían a la batalla. Cuando finalmente el último de los unicornios emergió del portal y la luz se hizo menos intensa, todos pudieron contemplar el asombroso espectáculo. Se trataba de docenas de vigorosas e imponentes criaturas.

—Los saludos, valientes amigos. Hemos galopado por varios días para llegar hasta acá.

—¿De dónde vienen? —preguntó Alit.

Kes y Diruk se miraron. Ellos sabían bien la respuesta.

Unir miró a todos un momento, en silencio, y luego dijo: —De un lugar en que nuestros cuerpos físicos no existían. Un lugar que permitía conectarnos con el Acuantalis, pero también con la mente de nuestros amigos. De un lugar desde el que pude hablar con un primo lejano a quien ahora debemos ayudar.

Elis y Alena, todavía maravillados por la presencia de los unicornios, supieron que el momento de regresar al Señor de los pegasos a su estado normal había llegado.

—Elis, llévame con tu padre —dijo Unir—. Ya es hora de despertarlo.

Cuando el unicornio estuvo junto a Elán, una sonrisa se dibujó en su rostro. Era la primera vez que veía a su primo. No hubiera esperado que fuera en esa condición, pero eso no importaba mucho.

Todos observaban en silencio, llenos de una mezcla de asombro y respeto por el espectáculo de contemplar a criaturas tan hermosas, justas y valientes. Elán y Unir eran más o menos del mismo tamaño. La magnificencia de las alas de uno era compensada por la maravilla del cuerno del otro. El corazón de todos apenas podía contener la emoción. Algo mágico y especial estaba a punto de suceder.

Unir se acercó lentamente, agachó la cabeza, y con su cuerno tocó suavemente una de las alas de Elán: —Bienvenido de vuelta, Señor de los pegasos.

En ese momento, se escuchó un ruido fuerte y seco, como el de una piedra quebrándose por la mitad. Entonces una grieta se formó en la cabeza de Elán. Luego una segunda, y una tercera, hasta que pronto todo el cuerpo de la imponente criatura presentaba rajaduras.

—Elis, hijo de Elán, acércate.

Mostrando algo de timidez ante la potente y penetrante voz de Unir, el pegaso se acercó.

—Ahora tú debes continuar. Agita tus alas, libera a tu padre de su encierro.

Elis se ubicó frente al cuerpo de Elán e hizo como Unir le dijera. Batió sus alas con toda la fuerza de la que era capaz. Los pedazos de piedra, ahora fragmentados tras el toque

mágico del unicornio salieron disparados en todas direcciones, dejando a la vista el cuerpo intacto y lleno de vida de su padre: El Señor de los pegasos había regresado a la vida.

Elán miró a su hijo, lleno de felicidad. Pronto reconoció a Kalya, Kes, Alit, Alena y a los demás.

—Estuve lejos. Mis recuerdos son vagos, confusos. Pero claramente escuché la voz de Unir que me llamaba.

El unicornio se acercó y saludó a su primo: —Ahora estamos completos. La batalla nos espera.

Kes abrazó a Elán y luego a Unir. Los miró en silencio, pero aun así pareció decirles mucho. Ambas criaturas asintieron con energía. El auro más joven y poderoso de Terralán comandaría las fuerzas que enfrentarían al rey oscuro. Ellos tres dirigirían el ejército de su nuevo aliado, el rey de los bosques. El Señor de Erbos, que apenas había logrado salir del embrujo del rey oscuro, todavía no estaba en condiciones de liderar a sus hombres.

Molen, Alit, Kalya y los demás auros dirigirían al resto de unicornios, y junto con Elis y Alena, conformarían un segundo frente, al mando de la otra mitad de soldados del bosque.

Un pequeño destacamento se encargaría de cuidar a Lyda y a la pequeña Yali.

El rey oscuro decidió que no esperaría más. Sabía que sus enemigos habían recibido poderosos refuerzos, y también era consciente de que si dejaba pasar más tiempo estos se organizarían y podrían atacarlo de una manera más efectiva.

—Usaremos sus peores miedos. Los extranjeros también han tenido pesadillas, fantasmas que los han paralizado alguna vez. Al igual que los hombres del hielo y las arenas, sucumbirán ante el terror.

Para entonces el ejército oscuro se encontraba apenas a media legua de Kes y sus amigos.

Con la clarividencia que nuevamente poseía, el pequeño gran aure supo lo que su enemigo pretendía hacer: —Unir, Elán, aunque su ejército todavía se encuentra a cierta distancia el rey de las sombras ya empezó a atacarnos.

—Es cierto —agregó Diruk, que había permanecido en silencio hasta ese momento. Elkos el sabio también había esperado en calma el momento de actuar.

—No puedo protegerlos a todos de su hechicería. Es muy poderosa —advirtió Kes.

—¿Más poderosa que Gorn, o la hidra de tres cabezas? —preguntó Alit.

—Es diferente, querido amigo. Su magia hace que uno sucumba ante los peores miedos, desconfiando incluso de tu hermano, atacándolo sin razón.

—Unir, tú y los unicornios son inmunes a esa magia negra —exclamó Elkos, cuyo don de la clarividencia rivalizaba con el de Kes—. Los pegasos tampoco se verán afectados seriamente, pero los hombres del bosque pronto se convertirán en nuestros enemigos.

—Debemos atacar al rey de las sombras desde dos frentes —sentenció Unir—. Mis hermanos unicornios llevarán a soldados del bosque sobre sus lomos. Ese pequeño grupo de valientes no caerá bajo el maligno embrujo.

—Mi primo tiene razón —intervino Elán—. Elis, Alena y yo llevaremos a tres valientes soldados por los aires, abriendo el segundo frente de batalla.

—Yo me ocuparé de llevar a un grupo a ese mismo frente —dijo Nutas, la aure capaz de teletransportar a hombres y bestias a casi cualquier lugar.

Molen estaba maravillado con los poderes de los aures, poderes que habían regresado en el momento crítico, el que definiría el destino de ese mundo.

—Estamos listos para lo que sea —exclamó el guardián de la desaparecida torre.

Sin embargo, el poder del rey oscuro no tardaría en actuar. Algunos soldados del reino del bosque ya empezaban a dar señales de haber caído bajo su terrible influencia. Se estaban atacando entre ellos.

—¡Rápido, Nutas! Usa tus habilidades de una vez. Elán, ponte en marcha —indicó Kes, levitando a unos metros del suelo, rodeado de una luz brillante.

Unir también se puso en marcha. Sobre su lomo viajaba Diruk, y sobre el lomo de algunos de sus hermanos iban otros cuatro aures. El resto había aparecido en el extremo opuesto de la meseta, liderando el ataque de gran cantidad de soldados de los bosques, que iban montados sobre briosos caballos.

Una suma de poderes jamás antes vista en Terralán, o Bernia, estaba a punto de explotar en aquel campo de batalla.

—Me atacan por dos frentes —exclamó el rey oscuro, luego de identificar a los pegasos en el aire y la repentina aparición de un poderoso ejército justo detrás de su retaguardia.

—Señor, ¿qué hacemos?, ¿dividimos nuestras fuerzas? —preguntó un confundido lugarteniente.

—No es necesario, yo también les tengo preparada una sorpresa.

Sus soldados continuaron avanzando, hacia su encuentro con los unicornios. Parecían no prestarle atención al segundo frente que estaba por atacarlos desde la dirección opuesta.

Cuando faltaba poco para que sus fuerzas fueran alcanzadas por los soldados del bosque liderados por los aures y los pegasos, algo inesperado empezó a suceder. Del cielo bajaron a tierra rápidamente dos tornados, uno de hielo y otro de arena.

El rey de las sombras había absorbido los poderes de los habitantes de los territorios que conquistara, y ahora podía utilizarlos a su antojo y con una intensidad sin precedentes. Aquellos tornados eran verdaderos monstruos, capaces de acabar con el valor del guerrero más grande.

—¡Continuemos avanzando! —gritó Kes—. Diruk, tal vez puedas hacer algo.

El gran amigo de Kes, el primer aure que conociera, se preparó para usar su estruendo mágico. Sobre el lomo de uno de los veloces unicornios, se adelantó al resto de sus amigos. Tras recitar el verso invocando el poder para sus manos, las junto violentamente, dirigiendo esa energía hacia el centro del tornado de hielo.

En el otro frente de batalla, el tornado de arena estaba a punto de golpear a los pegasos y al resto de soldados del bosque, pero entonces Kalya recibió una indicación de parte de Kes. La comunicación había tenido lugar de manera telepática.

—Elán, llévame hacia al tornado. ¡Los demás retrocedan! —gritó la valiente muchacha.

Desde el otro extremo del campo de batalla, Kes dirigía su energía hacia el atronador de su amiga: —«¡Ahora! ¡Ahora es el momento!» —le comunicó.

Más segura que nunca del poder de su amigo, así como de su mágico artefacto, Kalya golpeó las dos varas con todas sus fuerzas, dirigiendo la onda de choque directamente hacia el monstruo de arena que giraba a increíble velocidad.

Los dos tornados no fueron rivales para la magia combinada de Kes, Diruk y el atronador de Kalya, extinguiéndose casi tan rápidamente como habían aparecido.

El rey de las sombras apenas podía creer lo que veían sus ojos. Su arma secreta había sido anulada por una magia que no acababa de entender, de manos de extranjeros que luchaban con toda su alma y espíritu por detener su maligno poder.

Pero su frustración seguiría creciendo, cuando poco después pudo comprobar que su oscura influencia no estaba afectando a los hombres del reino del bosque. No entendía en absoluto lo que estaba ocurriendo.

Como ocurriera anteriormente en Terralán, el poder que emanaba directamente del corazón de Kes parecía no tener límites. Había creado una barrera protectora en la mente de cada uno de los que luchaban contra las sombras. A diferencia de las batallas ocurridas en los reinos de los hielos y las arenas, en esta oportunidad los soldados negros se las verían con hombres que no serían presa de aquel terror irracional.

El ejército oscuro terminó de salvar la distancia que los separaba de los defensores del territorio que alguna fuera el reino del bosque, iniciándose un sangriento combate cuerpo a cuerpo.

Los soldados negros atacaron en una proporción de diez a uno, pero la magia de los aures, y la velocidad de unicornios y pegasos permitieron compensar la aplastante diferencia numérica.

Montados sobre tan magníficas criaturas, los soldados del bosque dispararon sus flechas con una puntería y precisión que nunca imaginaron poseer. Desde los aires, los hombres montados sobre Elán, Elis y Alena ayudaban a coordinar mejor la defensa contra el invasor.

Los aures también hicieron sentir sus grandes poderes: el veloz Nerus no podía ser alcanzado, y Gaslan no dudó en usar su invisibilidad contra sus enemigos, quienes no

terminaban de darse cuenta qué les estaba quitando las armas de las manos. La cúpula protectora de Hove permitió a muchos guarecerse del feroz ataque de los soldados negros.

El rey oscuro pudo sentir entonces el inmenso poder que provenía de Kes. Se dio cuenta de que todos los demás seres que luchaban a su lado estaban conectados de alguna manera especial e íntima con él, y decidió ir directamente a su encuentro. Deformado por todo el mal que era capaz de engendrar, su rostro apenas evocaba rastros de su anterior humanidad.

Antes de atacar, tomó el libro de la torre, y en nueva página escribió apresuradamente: —«Aquel que dirigía a los que se oponían al rey oscuro murió atravesado por su espada».

Concentrado en curar a buena parte de los heridos, ya que las fuerzas del viejo aure Vaz parecían por momentos no ser suficientes para sanarlos a todos él solo, Kes no se percató de que estaba a punto de ser embestido por el enemigo.

En apenas instantes, avanzando entre sombras que impedían saber su ubicación exacta, el rey oscuro llegó hasta él con su espada desenvainada.

—Ahora morirás, y luego uno a uno tus amigos también caerán.

Kes volteó a mirarlo y en silencio esbozó una sonrisa.

—¿Qué significa esa expresión en tu rostro? —preguntó confundido el rey de las sombras.

—Yo no lucharé contigo.

—¿Morirás sin pelear?

—Alguien más se encargará de ti.

En ese momento el desalmado rey recién cayó en cuenta sobre quién estaba justo detrás del muchacho. Vistiendo su magnífica armadura de luz y la lanza plateada, Molen saltó sobre Kes.

—El momento de que pagues por esta infamia ha llegado.

—¿Crees ser rival para mí, patético guardián? Tu torre ya no existe, y ahora toda esta tierra será mía.

Sin dudarle un instante, Molen empleó su lanza para atravesar a su oponente. El rey oscuro era muy ágil, y esquivó una y otra vez los ataques del guardián. Su espada era poderosa, pero tampoco lograba hacer mella en la armadura de luz.

—Kes, rápido, escribe en el libro lo que te voy a decir.

—¿Qué libro? —preguntó el joven aure.

En ese momento, Molen llamó al libro, que abandonó el lugar donde el rey oscuro lo había escondido, apareciendo en las manos de Kes. Una pluma con la punta empapada en tinta también se materializó al alcance del aure.

—Escribe, Kes —gritó el guardián, mientras repelía el enfurecido ataque de su rival—. Escribe lo siguiente: —«El usurpador de la torre se desvaneció, dejando de existir para siempre».

—¡¡¡No!!! —fue lo último que se escuchó, justo antes de que el cuerpo del rey oscuro desapareciera por completo.

—¿A dónde fue? —preguntó Kes.

—Ha sido desterrado a lo profundo del alma de cada ser viviente de esta tierra. Ahora no será más que un mal recuerdo, una fuerza oscura empequeñecida, que podremos controlar con nuestras decisiones honestas de cada día.

XIII. DE REGRESO A TERRALÁN

Luego de que el poder del rey oscuro fuera superado por el libro mágico, y sus fuerzas derrotadas, el nuevo e inmenso territorio que se formara tras la caída de la torre empezó a desterrar las sombras sobrenaturales que lo habían dañado.

El rey del bosque, totalmente repuesto del yugo mental, así como el de las arenas y el de los hielos, aceptaron la propuesta de Kes de reunirse en un solo gran reino.

—¿Quién será el monarca de tan vastos dominios? —preguntó el Señor de las arenas.

—Deberá ser alguien de gran sabiduría. Alguien honorable y valiente —enfaticó Unir.

—Sabemos bien quién deberá ser... el guardián de la torre —exclamó el rey de los bosques.

Todos parecieron estar de acuerdo. Molen tenía las virtudes necesarias para guiarlos en aquel singular proceso de unificación.

—Recibo con honor y entusiasmo este pedido. Los tres reyes serán mi voz en lo que fueran sus territorios originales. Lo más importante es que los hombres y mujeres de todos los rincones sean tratados con justicia e igualdad.

Con las piedras de la torre de las cuatro puertas se empezó a construir un nuevo palacio. Ahora todos los reinos conformarían un solo territorio sin fronteras.

La gente de los bosques, desiertos y de los hielos, aprendió muchas cosas de sus antes lejanos y casi inalcanzables vecinos. Nuevos paisajes sorprendieron a más de uno, regalándoles la maravilla de la diversidad.

Tras la coronación de Molen como nuevo rey llegó el momento que Kes y sus amigos habían estado esperando: el regreso a casa.

Los pegajos volverían a Bernia, mientras que los unicornios, junto a los aures, Kes y Alit regresarían a Terralán.

Entre aquellos valientes, provenientes de tierras tan lejanas, había una muchacha que no estaba segura de lo que debía hacer.

—Kalya, si lo deseas puedes quedarte con nosotros —dijo Gósel.

Ella ya no podía ocultar por más tiempo sus sentimientos por el hijo del nuevo rey. Miró a Elán, como buscando su aprobación, y luego de encontrar en él una mirada cálida y llena de cariño, dijo con algo de timidez: —Parte de mi corazón siempre estará en Bernia, pero ahora deseo continuar mi vida aquí.

—Algún día, cuando mi hijo me suceda en el trono, nuestra tierra tendrá a la reina más digna y valiente —exclamó Molen, con emoción.

Kes olvidó sus celos por completo. Estaba feliz por su amiga y por el justo y honorable Gósel, de quien estaba seguro sería un gran soberano en el futuro.

En ese momento, sin que nadie lo hubiera llamado, apareció nuevamente el cono de luz brillante, descendiendo hasta el suelo e invitándolos a ingresar en él.

—Es hora de partir —intervino Unir, explicando que las fuerzas superiores no esperarían para siempre.

—Llegó el momento de despedirnos —dijo Elán, mirando a su primo Unir—. Antes no tuve tiempo de agradecerte por traerme de vuelta a la vida.

—Gracias a ti, por cuidar de los muchachos en Bernia —exclamó el Señor de los unicornios, con su potente voz.

—Siempre te recordaré, Elán —dijo Kes. Junto a él, y ganado por las lágrimas, Alit no podía pronunciar palabra alguna.

Uno a uno, todos los extranjeros fueron ingresando por la boca del cono, que palpitaba y brillaba con gran intensidad.

Los pegasos estarían en Bernia muy pronto. Kes y los demás despertarían en la orilla norte del Acuantalís.